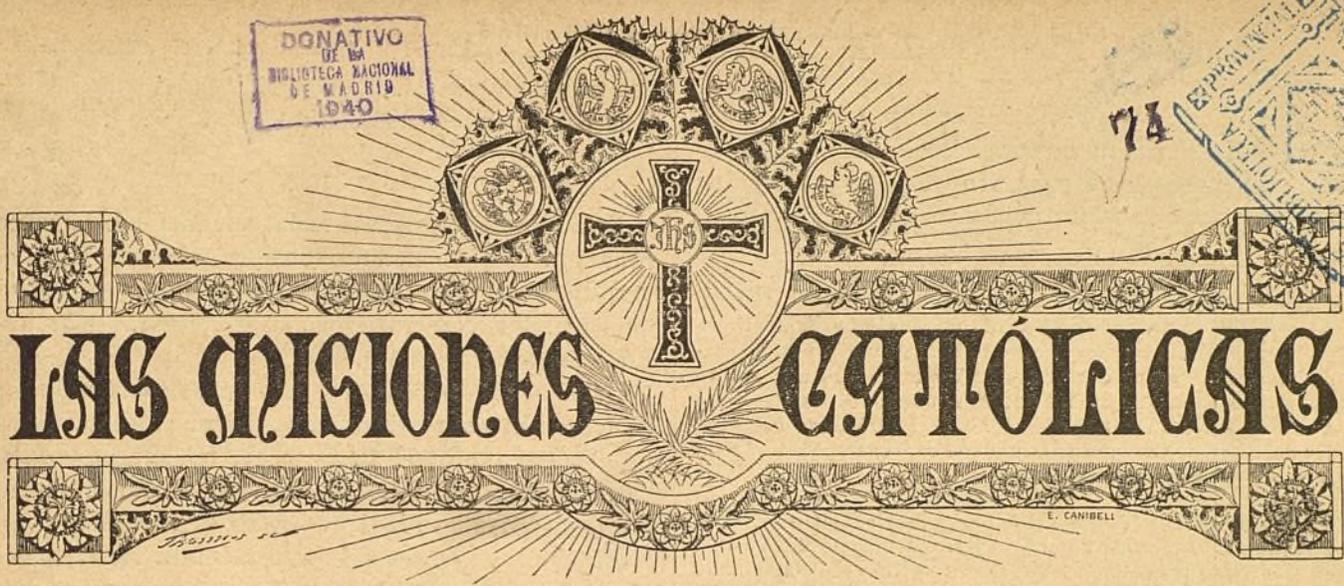


DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

74
BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID



LAS MISIONES CATÓLICAS

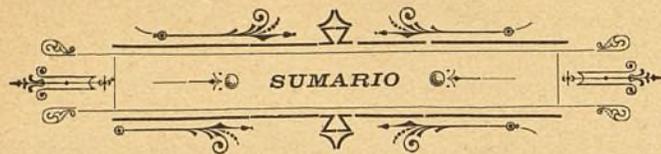
<p>Precios de subscripción</p> <p>ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas. EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.</p>	<p>Se publica el 15 de cada mes</p> <p>Año VIII.—Jueves, 15 Marzo 1900.—N.º 159</p>	<p>Advertencias</p> <p>No se admite subscripción por menos de un semestre. El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.</p>
---	--	--

❖❖ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ❖❖



Yeso (Japón).—Hombres y mujeres ainos

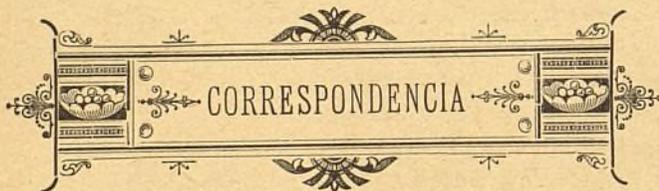
Reproducción de fotografía enviada por el P. Marnas. (Pág 64)



Texto.—CORRESPONDENCIA: Chan-Tong Septentrional (China), Abisinia (Africa Oriental).—UN COLEGIO DE «PROPAGANDA FIDE» EN ESPAÑA.—EL REAL COLEGIO DE PADRES AGUSTINOS DE VALLADOLID, DE LAS ANTIGUAS MISIONES DE FILIPINAS.—FRANCIA Y CHINA.—LAS MISIONES DE LA ARAUCANIA Y SUS PROTECTORAS.—VIAJE Á TRAVÉS DE NUEVA POMERANIA, por el R. P. J. V., de la Compañía del Sagrado Corazón de Issudun.—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL.—VARIEDADES: Tiro y Sidón.

Grabados.—YESO (*Japón*): Hombres y mujeres ainos.—NUEVA POMERANIA (*Oceania*): To-Rogat, jefe del distrito de Avavur, en el interior de la península de Gacela.—NUEVA MECKLEMBURG (*Oceania*): Máscara de madera, escultura con que se adornan los indígenas los días de fiesta.—NUEVA POMERANIA (*Oceania*): To-Mari, jefe católico de Non-ka, cerca de Vlavolo.—NUEVA POMERANIA (*Oceania*): Iglesia de Vlavolo.—YESO (*Japón*): Casas construidas sobre estacas.—ANCIANO AINO.—ANDRÉS MBUMBA: Tipo meztizo (madre negrilla; padre negro).—YESO (*Japón*): Pueblo aino.—YESO (*Japón*): Armas.—TIRO: ciudad bíblica.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



CHAN-TONG SEPTENTRIONAL (China)

Incendio y robo de la Misión de Tsi-nan-fu

El edicto imperial, resultado de las gestiones del embajador francés Mr. Pichón y del ascendiente del Ilmo. Favier, no ha podido, hasta la fecha, lograr todos sus efectos. China, por su extensión inmensa y por la total carencia de medios de comunicación, seguirá durante mucho tiempo sometida al yugo de mandarines y gobernadores: pasarán muchos años antes que el poder central logre hacerse respetar de estos jefes, que en sus distritos ó provincias se creen poco menos que despóticos reyes. Fácil es comprender la impaciencia y el sentimiento de los misioneros al ver continúan á la orden del día los robos y el incendio, pero como en sus últimas líneas indica la siguiente carta, se ha hecho justicia á la Misión: justicia tardía, es cierto, pero que evidencia que el edicto imperial es el punto de partida de una próxima ó lejana pero más feliz situación. Dice, pues, el P. Maviel, misionero de Chefu:

RUGIRÁN contra el Catolicismo fuertes tempestades antes de que nazca la era de paz. Las vandálicas escenas de que ha sido víctima la Misión del *Chan-tong* Septentrional son de ello evidente prueba.

Desde Pekín escribe el P. Fenochio con fecha 9 de Noviembre:

«Hace cuarenta días que resido en la capital... Vine á ella para defender la causa de *ciento quince familias católicas, robadas, arruinadas, perseguidas*. Al lastimoso balance de tantos desgraciados católicos hay que sumar *una iglesia y dos capillas incendiadas... veinte neófitos heridos gravemente y tres muertos...*

«... A pesar de todos mis esfuerzos, añade el P. Fenochio, á pesar de las instancias del embajador francés y del solícito apoyo del Ilmo. Favier, hasta la fe-

cha nada he obtenido. El *Tsung-li-yamen* ha rehusado escuchar ó resolver nada en nuestro favor.»

Esta inercia y evidente mala voluntad del Gobierno chino prueban que el único fin que persigue es, á mi ver, atemorizar á los cristianos y alentar á sus perseguidores. Y si consiguen ó no su propósito, los hechos cuidarán de evidenciarlo.

Impunes los asesinos, levantan animosos la cabeza y se organizan en partidas, cuya fuerza aumenta todos los días, y en tanto el P. Fenochio implora protección para las primeras víctimas, ellos incendian con fuerza creciente todas las cristiandades de esta región.

El terror y la desolación reinan en el vicariato del *Chan-tong* Septentrional. Semanalmente recibimos correos portadores de las más tristes noticias, que con sentimiento vemos confirmadas por la carta del ilustrísimo Marchi, parte de la cual copio á continuación.

CARTA DEL ILMO. MARCHI, FRANCISCANO, VICARIO APOSTÓLICO

Tsi-Nan-Fu, 7 Diciembre

El buen P. Fenochio nada consigue en Pekín. ¡Nos han abandonado!... El Gobierno chino niega indemnizaciones y protección. ¿Qué porvenir nos espera?... No transcurre un solo día sin anunciarnos un nuevo desastre... ayer el incendio de una cristiandad, hoy un nuevo combate... y á los heridos, los prisioneros y los muertos pretenden obligarles á apostatar. ¡Y todos huyen! Saqueado fué mi noble rebaño. ¿Qué hacer? ¿Qué intentar para salvarle? ¿No llamé de puerta en puerta, no ensayé cuanto supuse útil?... Y el gobernador de *Tsi-nan-fu* continua burlándose de nuestras desdichas: hace causa común con los asesinos: á sus tropas les manda no hacer fuego; y algunos buenos mandarines, resueltos á proteger la justicia de nuestra causa, han sido amonestados primero y luego destituidos de su cargo.

Telegrafí á Pekín, y el embajador francés me contestó: «*Diligenter agitur, iterum gubernatori mittuntur mandata.* (sello). Pichón...»

¿Por qué explicar cuanto sufro viendo la actual lamentable situación?

Los cristianos, de todos perseguidos, no tienen otro medio que huir, ¿pero dónde? Las tres residencias que poseemos están llenas de estos fugitivos, que llorando piden albergue y protección... ¡y un pedazo de pan para no morir de hambre!... No sé dónde encontrar local, ni cómo atender á las necesidades de tantos desgraciados, cuyo número aumenta cada día.

No tengo valor para despedirlos, y puesta en Dios la confianza negocié un primer empréstito de 3,000 *tachs*, para socorrer las más apremiantes necesidades.

A continuación extracto la lista de las últimas ruinas... Quiera Dios sean las últimas, y que en la carta siguiente no deba añadir más.

Las cristiandades de *Tch'eu-p'ing*, en número de veintisiete, que formaban un total de dos mil fieles, han sido saqueadas é incendiadas.

La de Tch'ang-kia-tsuang, que contaba unas cuatrocientas almas, ha sido quemada... quemada la bella iglesia gótica construida hace apenas diez años por el P. Felipe.

En la subprefectura de Iu-tch'eng, la cristiandad de Miao-kia-ling y la iglesia, fruto de los trabajos del Padre Querubín, han sufrido suerte igual.

En las subprefecturas de Tch'ang-ts'ing, de Puo-p'ing, de Chen-sien, cuéntanse ciento tres cristiandades destruidas y cinco mil doscientos setenta y cinco fieles reducidos á la miseria, comprendiendo en este número las cristiandades de P'ing-ien y de Ngen-sien.

Acordaos de elevar al cielo una plegaria para el más afligido Pastor, y pedid á Dios calme pronto esta espantosa tormenta que amenaza destruir en breves días todo mi vicariato. Pedid también se digne mirar con misericordiosos ojos estos desventurados cristianos, cuya miseria es día y noche mi mayor tormento.

Al cerrar la carta recibimos una buena noticia. Ante la intervención oficial del embajador francés, el Gobierno de Pekín ha salido de su pasividad, y destituido al indigno gobernador de Tsi-nan-fou, y nombrado para desempeñar el cargo un hombre digno, que acompañado de ocho mil soldados, salidos de Tien-tsin, sabrá castigar á los rebeldes, restablecer el orden y salvar las cristiandades.

Queremos al cerrar la carta manifestar nuestra esperanza de que la siempre generosa caridad cristiana sabrá, con sus inagotables recursos, restaurar las ruinas que lloramos, socorrer tantos cristianos que gimen en la indigencia.

ABISINIA (Africa Oriental)

El hambre

Escribe el R. P. Coulbeax, lazarista, superior de la Misión de Abisinia, la siguiente carta que nos apresuramos á publicar.

LA distracción más agradable de cuantas endulzan mi existencia en este medio semisalvaje en que vivo es la lectura de las *Misiones Católicas*. Sus *Correspondencias* comunican, asaz frecuentemente, conmovedores detalles de persecuciones ó tempestades que devastan ó dejan sumidas en hambre extensas regiones del Asia y del Africa. De estas columnas levántase triste concierto de gritos de alarma y gemidos de dolor. ¿Deberé yo sumar nuevas súplicas á tantos clamores? A ello me obliga la imperiosa necesidad. Espectáculo desolador ofrece actualmente el distrito de Alitiena. La miseria y el hambre azotan con creciente furia este desgraciado país. Los habitantes, cual grupo fantástico de hambrientos esqueletos, recorren los caminos.

Los *irob*, unidos á esta ingrata tierra por la fuerza del destino, son pastores nómadas. Incultas sus montañas de ardiente pizarra, si una tempestad ó una epidemia hace presa de sus escasos rebaños, al quedar sumi-

dos en la miseria deben, si quieren vivir, disputar á los monos las raíces de las plantas en los barrancos y en las fisuras de las rocas. El recurso único que les brinda la naturaleza es la apicultura. Las abejas gustan de estos montes desiertos, salvajes, bañados siempre por cálida temperatura. Lluvias escasas riegan, en determinados períodos del año, las aromáticas flores hijas de pequeños arbustos ó de espinosos zarzales. Por desgracia las epidemias también se ensañan en las colmenas, y entonces la miseria se duplica.

La antecedente descripción no representa una pasajera calamidad; es el estado habitual de crónico sufrimiento de nuestros neófitos. Antes cuando tampoco tenían otra cosa que cabras y colmenas, eran ladrones y mendigos. Al convertirse al Cristianismo renunciaron al pillaje, y siguieron mendigando ó buscando empleo de pastores en las más afortunadas casas de las regiones vecinas.

Los misioneros les aconsejamos cultivaran algunas parcelas de tierras laborables. Pero la sequía es horrible. Los campos de alcudía y cebada que, notas alegres, vibraban sobre las áridas colinas, murieron todos quemados por los rayos solares antes que la espiga llegara á nacer.

Padres y madres, mal cubiertos de repugnantes pingajos, llegan á las puertas de la casa Misión y muestran los niños desnudos, enfermos, queriendo excitar la impotente piedad del misionero.

El P. Picard aguzó su ingenio para dar trabajo á los menos débiles. Penosamente recogen piedras y madera para construir dos capillas que vamos á empezar. Pero sólo algunos pueden con este trabajo ganar un puñado de trigo que al llegar á su casa se disputarán sus hijos hambrientos. Pero la multitud, la multitud inmensa que nos rodea, ¿dónde encontrará el pan que necesita?

Este es el gemido de dolor que el P. Picard envía á los lectores de las *Misiones Católicas*...

Un colegio de «Propaganda Fide» en España



II

PROMETIMOS hablar de los Estatutos y edificio de este Colegio, y hemos de cumplir lo prometido. El edificio está situado en la parte alta de la ciudad, lindando por el Norte con la calle de Fernán-González: á la cabeza de su línea hay una iglesia gótica, y adosado á la misma un sólido y amplio edificio que se restauró recientemente, preparándose todo el interior según pedía el actual destino del Colegio. A su frente está el Arco triunfal del gran conde de Castilla Fernán-González, y en la línea del Arco, por ambos lados y detrás del mismo, varias y largas hileras de árboles ya antiguos, que son como la base de numerosa plan-

tación que sube ahora por la ladera del que fué renombrado castillo, y pasará á ser pronto deleitoso bosque de Burgos.

El Mediodía y Oeste, donde está el número mayor de habitaciones, se halla circundado de huerta, dominando sus soleadas habitaciones no sólo la ciudad baja y sus principales paseos y arboledas, sino también «Las Huelgas,» el «Hospital del Rey» y la dilatada y hermosa ribera del Arlanzón.

Según los Estatutos son llamados á este Colegio los jóvenes que, teniendo ya estudiada al menos la Filosofía, se sienten con vocación á las Misiones Extranjeras y á la Propagación de la Fe; y con más razón ha de entenderse lo mismo de los señores sacerdotes.

Estudiarán la carrera lata de Teología, asistiendo á las aulas de la Universidad Pontificia, que está muy próxima; poniéndose desde luego á las órdenes de la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*; y, cuando hayan pasado seis meses en el Colegio, si perseverasen en su propósito y vocación, prestarán juramento de trabajar toda la vida por la salvación de las almas, ejerciendo el ministerio sacerdotal en el lugar ó lugares que la *Propaganda Fide* les designe.

Han de pasar en el Colegio el tiempo de vacaciones, si no mediare causa especial; pero se les proporcionará durante ellas descanso, solaz y esparcimiento, tanto en la ciudad como en el campo.

Desde que ingresen, les proporcionará el Colegio la manutención, cuarto amueblado, la ropa y libros necesarios, el expediente y título canónico de ordenación, las matrículas, los viajes necesarios, y, siendo posible, un grado académico.

Cuando por escasez de recursos ú otro motivo no pueda el Colegio admitir á algún joven que tenga vocación á las Misiones Extranjeras, le facilitará medios de comunicarse con la *Propaganda Fide* de Roma y otros centros de esta clase, que tal vez puedan costearle los estudios necesarios.

Cuando los alumnos, ordenados ya, hubieren marchado á sus destinos, aún entonces el Colegio, representado por su rector, ha de continuar dándoles dirección y consejo; y, aparte la protección que puedan recibir de la *Propaganda Fide*, ha de dispensarles también ayuda, en cuanto les sea posible.

Los que deseen ingresar pueden solicitarlo durante el curso y durante las vacaciones, pero han de hacerlo precisamente antes del 1.º de Agosto de cada año, para ser recibidos en el Colegio el 28 de Septiembre, dirigiéndose al Fundador.

Tales son los principales Estatutos del Colegio de *Propaganda Fide* en Burgos, que esperamos se dignará el Señor bendecir, á fin de que el clero español contribuya, en mayor número que hasta hoy, á la muy meritoria obra de la conversión de los infieles; y á fin de que lleve á países lejanos con la salvadora doctrina de Jesucristo, y sus virtudes personales, el recuerdo, la lengua, el genio y el amor de nuestra querida patria.

El Real Colegio de Padres Agustinos de Valladolid de las antiguas Misiones de Filipinas (1)

La biblioteca

OCUPA ésta, con carácter provisional, una amplia pieza de elevado techo y con abundante luz.

En elegantes estanterías, que cubren por completo las paredes, se encuentran clasificados miles de volúmenes de todos los ramos del saber humano, y cuya busca es sencillísima gracias á los ordenados índices que la biblioteca posee.

Entre los libros los hay de gran mérito, habiendo llamado nuestra atención un antiguo Misal, hecho á mano por un indio, imitando á la perfección los caracteres tipográficos.

Sólo los ojos expertos y fijándose mucho descubren que aquel voluminoso libro no está impreso.

Es el alma de este centro de instrucción el P. Tirso, uno de los hombres más eruditos que ha dado el Colegio, é incansable organizador de la ya valiosísima biblioteca.

El Museo filipino

En una galería alta del edificio se halla instalado, también provisionalmente, el llamado museo filipino, que encierra curiosos objetos del Archipiélago y de China, mandados por los misioneros. Entre ellos recordamos frutas y plantas, salacotes que sirven al indio de paraguas, sombrero y quitasol; telas, tambores de guerra, armas, escudos, ropas, modelos de casas y tipos del país, bastones labrados, etc. Procedentes de China hay notable colección de pinturas, marcos tallados, petacas y tarjeteros de plata afilegranada, juegos de cristal y marfil, un modelo de pagoda, una estatuita de Confucio, un zapato microscópico de una china, una bandera en la que se ha escrito con caracteres chinos la sentencia de muerte contra los misioneros, y mil y mil objetos á cual más curiosos.

La capilla

Interin se concluye la iglesia de que ya hemos dado cuenta, se ha habilitado una capilla para el culto del Colegio, que no obstante su carácter provisional, es espaciosa y de buen gusto. En el coro hay dos órdenes de sencilla y elegante sillería, y en el resto de la capilla hay obras de arte de bastante valor y reliquias venerables.

Entre las primeras citaremos doce notables cuadros colocados sobre columnas representando á los Apóstoles, que son de la escuela de Ribera, y en el centro otro del Redentor. En uno de los altares se admira una hermosa tabla de la escuela florentina, representando la Sagrada Familia, y en los demás varias estatuitas de marfil trabajadas por indios.

En la sacristía hay un notable Crucifijo que algunos atribuyen á Alonso Berruguete, y en la cajonería pueden admirarse telas finísimas filipinas y vistosos ornamentos con riquísimos bordados.

(1) Véase pág. 12.

Entre las segundas, y en una hornacina á la izquierda del presbiterio, se veneran en una urna los restos del bienaventurado Alonso de Orozco. Se colocaron allí provisionalmente, cuando por Su Santidad el Papa León XIII se ordenó el reconocimiento del cuerpo que allí se custodia, al cual, en la nueva iglesia, se le dedicará una de las capillas.

En la sacristía se custodia un relicario de bronce que sirvió en Roma para la beatificación de Alonso de Orozco, y en el cual adoró la reliquia León XIII.

El gabinete de física

En la parte baja del edificio y al otro lado de la escalera principal, se encuentran cuatro salones, que se comunican entre sí, destinados á la enseñanza práctica de los fenómenos que estudian las ciencias naturales.

Es el primero el gabinete de física, en el cual vimos mayor número de aparatos que en ninguno de los centros docentes oficiales, aparte ser más completa la colección de aquéllos y de mejor y más moderna construcción.

Barómetros, termómetros de máxima y mínima, pirómetros bastantes á registrar las temperaturas más altas de los hornos de fundición; probetas de todos los sistemas; máquinas y poleas para las demostraciones del movimiento de las fuerzas; palancas; balanzas y básculas; areómetros; microscopios; linternas mágicas; combinaciones de lentes para el estudio de la refracción y difusión de la luz; generadores de vapor, entre ellos la famosa marmita de Papin; máquinas neumáticas de varios sistemas; bombas expelentes é impelentes; aparatos frigoríficos; electrómetros; electróforos; botellas de Leyden; pilas de todos los sistemas; productores de luz eléctrica, de arco voltaico; dinamos; tubos de Crookes, para obtener los rayos X; fonógrafos; cinematógrafos; teléfonos; cámaras fotográficas; y en suma todos los aparatos conocidos tienen allí brillantísima y variada representación. El gabinete vale algunos miles de duros. De él salimos tan complacidos como admirados.

El de historia natural

No menos valioso es el gabinete de historia natural, que sigue al de física.

En él se encuentran magníficos y abundantes ejemplares de los reinos animal, vegetal y mineral, y curiosidades de Filipinas, la China y el Japón, recogidas principalmente por los Padres misioneros. Llamán la atención un soberbio oso, varios caimanes de fauces gigantescas, preciosas colecciones de colibríes y otras rarísimas aves de América, disecadas por colegiales; inagotable cantidad de conchas, de variedades infinitas, algunas de ellas con curiosos labrados hechos por los indios; una muela de mastodonte y otros objetos petrificados, corales y madréporas filipinas, y una importante colección, compuesta de trescientos ejemplares numerados, de maderas del Archipiélago que hemos perdido.

No es posible retener en la memoria todo cuanto allí vimos, ni cabría tampoco en los estrechos moldes de esta clase de trabajos periodísticos.



NUEVA POMERANIA (*Oceania*).—To-Rogat, jefe del distrito de Avavur, en el interior de la península de Gacela

Reproducción de fotografía (Pág. 57)

El de química

El tercer salón, dedicado á los experimentos de química, contiene un completo material para hacer toda clase de reacciones. En él hay un gran depósito de agua químicamente pura, retortas, alambiques, hornos de alta temperatura, crisoles, y en general cuanto exige la ciencia para la demostración de sus admirables teoremas.

El observatorio

La asiduidad con que los Padres Filipinos cultivan especialmente las ciencias naturales, les ha llevado al deseo de instalar un buen observatorio astronómico, que ya empieza á ser uno de los mejores por la exactitud de sus datos, y la estadística minuciosa y útil que se lleva respecto de todos los fenómenos observados.

El observatorio se encuentra establecido sobre el gran salón que sirve de museo en la parte del edificio que da frente al Sur: á él se sube por una escalera de hierro hecha á caracol, que termina en una garita de cristales, donde se contienen varios de los aparatos registradores.

Domina el observatorio un gran pararrayos, unido á otros catorce que coronan todos los caballetes del tejado para librar al edificio de los efectos de las chispas eléctricas.

En el ángulo Noroeste de la gran plataforma cuadrada, que constituye el observatorio, se halla establecido un anemómetro registrador, y en el Noreste la veleta indicadora de la dirección del viento.

Hay dos pluviómetros diferentes para las grandes y pequeñas cantidades de lluvia recogidas, y el diferente grado de evaporación que en la meseta castellana reina en invierno y en verano.

Los demás aparatos registradores son bien conocidos del público, pues á diario se mencionan en el estado meteorológico que debemos á la bondad de los ilustres Padres Agustinos.

En magníficos estuches enciérranse los anteojos astronómicos que sirven para las observaciones, los cuales se montan, cuando de ellos se hace uso, sobre sólidos caballetes.

Aparte los poderosos telescopios que en los grandes observatorios se hallan hoy instalados, nada se echa de menos en el de los Padres Agustinos, que es más que suficiente para registrar todos los fenómenos de la meteorología de la meseta castellana.

Otras dependencias

La cocina, situada junto al edificio, pero separada de él, es una de las dependencias mejores que de esta clase hemos visto. También es magnífico el gran refectorio, en el que se ve un púlpito para las lecturas y conferencias que se dan durante la comida.

Las celdas son espaciosas, todas ellas con magníficas vistas al exterior y llenas de luz y alegría. El orden y la limpieza son sus signos característicos: los muebles son modestos, pero todos ellos de construcción elegante y cómoda. Nada más puede pedirse.

La huerta espaciosísima y muy cuidada es un hermoso sitio de recreo: en ella hay un buen juego de pelota para que los novicios adquieran robustez y fuerzas mediante este *sport*, uno de los más higiénicos si se cultiva con prudencia.

Hay también un buen salón de billar y gimnasio, donde, como es de suponer, sólo se permite la honesta y lícita distracción, y el ejercicio de las fuerzas físicas.

Los estudios

En este colegio se cursan: la Filosofía, que abraza la Lógica, la Metafísica, la Ética, la Historia de la filosofía, las Matemáticas en general, la Física, la Química, la Teodicea, la Historia natural, la Historia general y especial de España y Filipinas, las Lenguas vivas, la Retórica y la Elocuencia.

La Teología, que abraza, los Lugares teológicos, Hermenéutica sagrada, Teología dogmática y Moral, Derecho canónico y civil, Historia y disciplina eclesiástica, Escritura sagrada, Liturgia Ascética, práctica del confesionario y Elocuencia sagrada.

Y, por último, música, dibujo lineal y de adorno, y otras asignaturas á voluntad de los estudiantes, las cuales completan y aseguran una educación muy supe-

rior á la que se da generalmente en los centros de enseñanza que paga el Estado. Aun cuando no fuera más que por este servicio que prestan á la cultura, los Agustinos merecerían siempre un caluroso elogio.

El curso empieza en 11 de Septiembre y termina en fin de Junio.

La carrera completa se hace en ocho años.

Datos estadísticos

Donde hay mucho que aprender hay que invertir mucho tiempo, y para la gente periodística es punto menos que imposible pararse á profundizar los hechos y analizarlos hasta en sus menores detalles. Por eso tenemos que renunciar á muchos datos de estadística que el Colegio de Agustinos nos ofrece.

Consignaremos, no obstante, que en 1887 (último censo que nos hemos agenciado) había cerca de dos millones y medio de almas gobernadas en Filipinas por los Padres Agustinos.

Desde la fecha en que se fundó este Colegio hasta el día, pasaron á Filipinas más de sesenta Misiones, con un número de Religiosos que no bajará de mil.

La primera Misión que fué al Archipiélago por el canal de Suez, fué la de 1871.

La provincia de Valladolid tiene gran número de hijos dentro de la Comunidad; algunos de ellos notabilísimos por todos conceptos.

Son numerosos los grandes hombres que han salido del Colegio; pero la modestia excesiva de los Religiosos nos ha vedado conocer la larga lista de ellos. Pónganse á su cabeza el Il. P. Cámara, obispo de Salamanca; el eminente P. Blanco; el gran escritor y poeta P. Muñoz, y otros muchos que no recordamos.

Dentro de aquellas celdas fácilmente se halla tras de cada puerta un profundo pensador, un físico notable, un químico sapientísimo, un inventor célebre ó un literato insigne. No pueden hacer más ni por la cultura ni por la Religión.

En fin, cuando hasta nuestras más encarnizadas revoluciones les han respetado, por algo será.

Dos palabras

Sentimos concluir, porque dejamos olvidadas muchas cosas que merecían especial mención; pero el tiempo y el espacio nos prohíben ser más extensos.

Después de abandonar aquel sitio, donde se respiran el ambiente de las conciencias puras, y las brisas aromosas y saludables de la ciencia, sólo se siente... no haber tenido una vocación para Religioso.

FRANCIA Y CHINA

SEGÚN parece, el asunto de la demarcación de límites entre la colonia francesa del Tonquín y el imperio chino, con las complicaciones y lastimosos sucesos que el asunto originó, está ya zanjado y

resuello. Nuestros lectores están bien enterados de todas las peripecias por que ha pasado este negocio franco-chino: del bárbaro asesinato de dos oficiales franceses en la frontera; de las horribles represalias tomadas por el ejército y la marina franceses; de la indemnización de 80,000 pesos pagados por el Gobierno chino por la muerte de los dos oficiales, y de la destitución de las autoridades superiores del territorio.

En telegrama del 26 de Diciembre último, el embajador francés en la corte de Pe-kín, M. Pichón, anunciaba á su Gobierno la concesión de todas las *peticiones* hechas por Francia al Gobierno chino, y por decreto del 5 del presente el gobierno francés ha puesto bajo la autoridad del gobernador de la Indo-China francesa todo el territorio de Kuang-Cheu-Uan. Así lo leemos en la prensa tonquina.

Según los términos de la concesión, Kuang-Cheu-Uan no es terreno ni colonia francesa: ha sido cedida en arriendo, pero nadie ignora á qué vienen á parar tarde ó temprano esta clase de arriendos y protectores, y más tratándose de China. Podemos, pues, considerar á Kuan-Cheu-Uan como parte integral de la rica y extensa colonia francesa de Indo-China. Tenemos motivos para creer, y así lo indica también la prensa del Tonquín, que Francia hará del nuevo puerto un puerto franco, al menos por vía de ensayo. En el nuevo territorio y sus cercanías hay algunas minas ya compradas por Francia, las que, no dudamos, serán pronto unidas por vías férreas con el puerto de Kuang-Cheu-Uan, y darán á este puerto y bahía gran movimiento comercial.

Ultimamente, cuando ya las tropas francesas ocupaban el territorio de Kuang-Cheu-Uan, un publicista de París se atrevió á estampar los siguientes juicios: que este puerto no podía jamás llegar á ser gran centro comercial: que militarmente considerado no ofrece ninguna condición estratégica buena: que, aunque fuera punto comercial y estratégico, su bahía no tiene fondo suficiente para que buques de gran calado maniobren libremente. En su consecuencia excitaba á su Gobierno á que, sin soltar el territorio de Kuang-Cheu-Uan, puesto que se había adquirido y ocupado por las armas en justa defensa, exigiese de China nuevos y más ricos territorios como indemnización.

Sin meternos ahora en discusiones político-comerciales, sólo interesantes para la vida colonial de Francia, y aún dando como posesión francesa la poco explorada isla de Hai-nan, la que sin duda caerá pronto en manos francesas, creemos que nuestra vecina República ha andado poco acertada en la elección de medios para llenar su misión entre los encontrados intereses y miras de las potencias europeas sobre el imperio chino, á pesar de las declaraciones hechas por el ministro de negocios extranjeros, M. Delcassé, de que la Francia en todos estos asuntos sólo se ha guiado por sus propios intereses, sin ambiciones quijotescas de nuevas colonias imposibles de defender.

Con sólo mirar el mapa de China, y saber las posiciones ocupadas en él por las potencias europeas, se ve que el porvenir de Francia y su misión en el celeste imperio están en las provincias del Yun-nan, Kuang-si, Kuel-Cheu, y sobre todo en la extensa y riquísima pro-

vincia de Su-Chuen, no precisamente apoderándose de ellas, sino ejerciendo y extendiendo su influencia comercial mediante explotación de minas, y construcción y propiedad de vías férreas y líneas telegráficas, ya por cuenta del Estado mismo, ya de Compañías particulares más ó menos protegidas é influidas por el Estado.

M. Delcassé se ha gloriado en el Congreso de que, de los 10,000 kil. de vía férrea que hay hoy en China en explotación ó en proyecto, 2.000 pertenecen á Francia. Para que resulte la cifra indicada, preciso es contar como francesa la vía Pekín-Hankeu (de 1,129 kilómetros), de la que es concesionaria una Compañía franco-belga con un capital de 125 millones, de ellos 75 suscriptos en Francia. Pero creemos que los franceses no se forjarán ilusiones con esta vía, ya por no ser exclusivamente francesa, ya principalmente por su posición. Otra cosa hubiera sido, si la misma Compañía ú otra francesa hubiese contratado la continuación de la vía desde Hankeu hasta la frontera del Sur, mas se ha adelantado una Compañía anglo-americana, que se ha comprometido á construir en breve la prolongación desde Han-keu á Can-ton y Kau-lun (1,120 kil.).

Otras dos preciosas ocasiones ha perdido la Francia, y las dos en las provincias del Sur: una en el ferrocarril llamado del Oeste, y la otra en las minas de mercurio de Kuei-Cheu. En cuanto á la línea férrea del Oeste, ó sea desde el Yun-Nan hasta la importante ciudad de Tsung-kin, pasando por la capital de la provincia de Su-Chuen, Xing-tu, grato nos es hacer justicia á la prensa francesa del Tonquín, la que en diversas ocasiones ha llamado sobre esta línea la atención de su Gobierno y de las Compañías francesas. Pero tan patrióticos llamamientos no han hallado acogida en la metrópoli, y según vemos en la prensa de Hony-kong, la empresa ha sido adjudicada á la Compañía anglo-india, que también es dueña del ferrocarril del Burman al Yun-nan. Esta Compañía ha empezado ya sus trabajos, escoltada por tropa inglesa, en la sección Xing-Tu-Tsung-Kin, de la que espera con fundamento enormes ganancias.

Las minas de mercurio de la provincia de Kuei-Cheu son, según se dice, las más abundantes del mundo, superiores aún á las famosas de Almadén, en España. Su explotación se había concedido á una Compañía francesa. Había ya ésta tomado posesión de las minas, y llevado á cabo varios trabajos para su explotación, cuando se encontró sin el capital necesario para asegurar la extracción y tratamiento del mineral. En vano imploró la ayuda del Gobierno y de los capitales franceses. Llevada por la necesidad de recobrar los capitales gastados, cedió sus derechos á una Compañía anglo-germano-francesa, que tiene su residencia en Londres, y en cuyo Consejo de administración tan sólo se cuenta un francés. Ha destinado esta Compañía para el nuevo negocio un capital de 2.500,000 francos, y, cosa extraña, las tres cuartas partes de este capital se han cubierto con dinero francés. Una cláusula del convenio entre el Gobierno chino y la Compañía francesa hacía intransferible la cesión de las minas á manos extrañas, pero ignoramos que el Gobierno francés haya tomado carta en el asunto; suponemos que no.

En vista de esto, no son de extrañar los ataques é imprecaciones de que es objeto el Gobierno francés por parte de los periódicos de la Indo-China. Hay que convenir que no son del todo injustas estas acusaciones, y que la Francia ha perdido dos ocasiones de las más preciosas, y que difícilmente se le presentarán tan buenas en adelante, en especial la del ferrocarril del Oeste, pues su intervención en la provincia de Su-Chuen estaba muy justificada por los disturbios en ella ocurridos á fines de 1898 y principios del pasado, disturbios en los que los misioneros católicos, súbditos franceses, de aquella provincia sufrieron lo indecible.

(*Libertas*).

MÉN-TZU.

Las Misiones de la Araucania y sus protectoras

EN la noche del jueves 28 de Diciembre una concurrencia distinguidísima asistió á la fiesta organizada á favor de la Sociedad de señoras que auxilia las Misiones de la Araucania.

Esta Sociedad ha llevado hasta ahora una vida humilde, en el retiro de un hogar respetable, y sólo ha dado á la publicidad su nombre y sus fines, cuando la abundancia de la labor le aconseja buscar nuevos cooperadores.

Es interesante conocer algo de lo que esta Asociación, á que pertenecen las más distinguidas señoras de Santiago, se propone, y algo de lo que ya ha hecho en bien de los indios araucanos.

Nació la simpática Sociedad á la sombra de un hogar donde muchas veces la caridad y el ingenio habían aunado su soplo fecundo y creador. Nació de ese impulso inagotable que va descubriendo con maravillosa inventiva nuevos consuelos para los dolores nuevos de la humanidad, y cada día otros remedios para otros males.

En las llanuras de Arauco, donde cayó despedazada pero no vencida la más gloriosa raza del mundo de Colón, vagan aún sus últimos restos, sin organización de pueblo ni de tribus, y sin que los Gobiernos liberales se hayan esforzado por levantarlos de la barbarie á la cultura; de la honda miseria moral en que se hundan, á la luz y á los beneficios de la civilización cristiana.

Todos los vicios, todas las abyecciones, todas las lepras físicas y morales, todo lo que tenía de malo y disolvente, todo lo inoculó la civilización en aquella raza araucana, matando las gloriosas energías con que la vieron los siglos luchar en defensa del patrio suelo, aniquilando y reduciendo al raquitismo por el alcohol los fuertes organismos de los caciques que cantó Ercilla, y sumergiendo en un sopor de idiota esa alma araucana cuyas virtudes guerreras, temerario valor y noble firmeza, se enorgullecía nuestro pueblo de haber heredado.

El fuego devoró las selvas donde en otro tiempo se cortaron las lanzas que solas detuvieron el triunfal paseo del glorioso estandarte de Castilla. La codicia expulsó á los araucanos de las tierras que eran suyas por

seculares títulos. Y el alcohol los envenenó, quemando en su llama azul las postreras energías y últimos alientos de la nación disuelta.

Sólo el misionero, el fraile humilde cuya labor no se pregonaba y cuyo nombre cae en el olvido acá en la tierra, cruzaba siempre las soledades, franqueaba los ríos, se internaba en las montañas é iba á llamar con el Crucifijo á la puerta de la ruca donde duerme en su envilecimiento la familia indígena.

El abandono moral de aquel pueblo disperso llegó á extremos que son una vergüenza para nuestra cultura. Los misioneros, escasos y entregados á sus propias débiles fuerzas, no podían aguardar nada de sus más abnegados sacrificios, que caían como gotas de agua en sediento arenal sobre aquel vasto campo.

Y llegaron un día como grupo de palomas con alas muy blancas las Hermanas de la Providencia, para ayudar á los misioneros en su tarea de evangelizar; para sembrar en aquella tierra, tan empapada de sangre y lágrimas, las semillas del amor y los consuelos; para que oyeran los bosques, cansados de repetir maldiciones y quejas, esas palabras con que la mujer inspirada por la fe religiosa, pide su parte de dolores y sacrificios para hacer el bien de los demás.

Entonces fué cuando, reveladas las necesidades, conocidas las angustias y pobrezas de esos misioneros, nació del celo de un sacerdote distinguido y de la activa piedad de una noble dama, esta Asociación protectora de las Misiones araucanas.

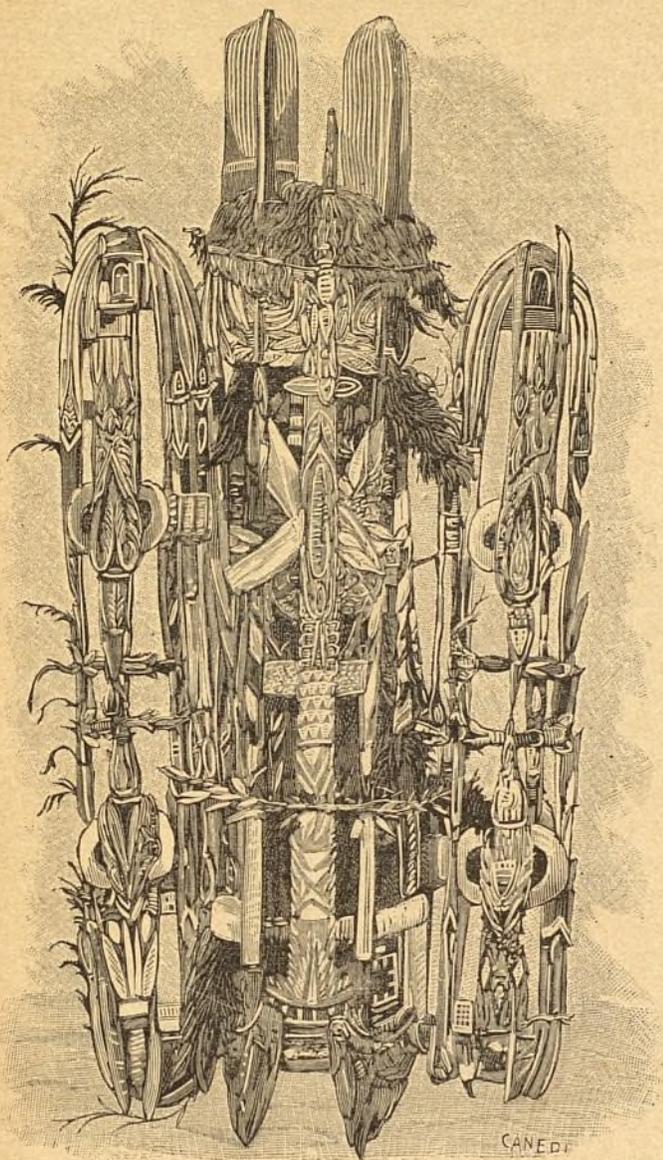
Entonces se agruparon en torno de su directora, algunas jóvenes que querían ocuparse de los infelices indios, y formaron como un taller en el cual se reúnen para trabajar con sus propias manos objetos que se envían como utilísima limosna á las Misiones, para reunir recursos y para procurar por esa caritativa labor y con prácticas piadosas los progresos del propio espíritu.

Primero fueron pocas, luego vinieron otras y otras, y aquellas singulares y delicadas obreras del bien pudieron pensar en darse una organización y en ensanchar las obras que con su esfuerzo sostenían.

Y así ha llegado esta Sociedad, formada por jóvenes para quienes el día luminoso de la juventud amanece apenas, y aun por otras que abandonan sus juegos infantiles para cumplir el deber de caridad que se impusieron, así ha llegado á mantener una Misión activa y fecunda en la remota tierra de Boroa, á orillas del Cautín, y á fundar dos escuelas donde las nociones de cultura y la Religión de Cristo se enseñan á los indios niños, sobre cuyas cabezas derrama el misionero el agua redentora.

Figurémonos para sentir toda su íntima y divina belleza, el cuadro de que ese rincón de la Araucania es testigo ahora. El fraile capuchino vestido con un burdo sayal que el tiempo ha destrozado, desnuda al viento la noble cabeza que la luenga barba nevada encierra en severo marco, descualzo sobre las piedras del sendero, en la mano un Crucifijo y un libro, en la mirada la ardiente llama del apóstol, camina en busca de la cabaña miserable, bajo cuyo techo ahumado viven los hijos del cacique.

La india sabe que aquel blanco no es como los demás, que no hace daño, ni insulta, ni humilla, ni despoja, sino habla de cosas tan bellas, tan dulces, tan consola-



NUEVA MECKLEMBURGO (*Oceania*).—Máscara de madera, escultura con que se adornan los indígenas los días de fiesta

Reproducción de fotografía remitida por P. J. Vandel. (Pág. 57)

doras, que al escucharlas invade el corazón un soplo de alivio y las lágrimas asoman á los ojos.

Esa vez el Padre lleva un regalo para el cacique, otro para la esposa, prendas de vestir para los niños que revuelcan en el polvo sus morenas carnes. Y allí refiere ante la felicidad de los que reciben esos objetos con mayor alegría que recibiera uno de nosotros la más preciada joya, allí refiere que todo aquello viene de muy lejos, de una ciudad grande y hermosa, donde unas jóvenes buenas piensan en los pobres mapuches, y los aman y han trabajado para ellos esos regalos.

Y un día, en la presencia de Dios que todo lo llena, ante la majestad de los volcanes cubiertos de alba nieve, á la orilla del río cristalino que murmura un himno sereno y grave, el misionero derrama el agua del bautismo sobre aquellas cabezas donde la luz del Evangelio ha entrado como una antorcha en la oscura caverna inexplorada.

No es posible imaginar más hermoso cuadro.

La humanidad no puede presentar fuera del Cristianismo y su caridad esa cadena de amor que comienza aquí, en nuestros hogares, en la delicada doncella que

sacrifica unos instantes de placer al bien de los que padecen, y termina en el indio infeliz, que no tenía abrigo para su cuerpo, ni luz para su alma, ni consuelos para su miseria, y que si vivía libre de la desesperación, era sólo porque no conocía la esperanza.

Y acuden por centenares los niños á esas escuelas y Misiones que la Sociedad ha fundado; y ya es preciso abrir otras, porque de otros puntos, de la montaña, de las riberas encantadas del lago Villarrica, de todas partes quieren el bautismo, la luz, la sombra del misionero, única que allí abriga y consuela. Y los niños vienen desnudos, colgados de los harapos de las madres, que imploran tímidamente un socorro en su idioma de entonaciones melancólicas.

Tal es ruda y torpemente descrito el objeto hermosísimo y atrayente que esta Sociedad se propone, tal la obra fundada para acudir con mano generosa á llenar las nuevas necesidades cada día más apremiantes y mayores.

Es imposible que esta idea no halle fácil camino en algunos corazones, porque no habrá una madre que no sienta la infinita belleza de la labor de esas jóvenes para quienes sonríen todos los halagos de la vida, que debieran pasar sus más bellos días en ese egoísmo de la felicidad que al fin y al cabo es tan humano, y que piensan en los indios niños y en la tristeza de sus hogares miserables, y para ellos trabajan.

Basta conocer y sentir los altísimos deberes que el hombre culto tiene con los pueblos que aún permanecen en la barbarie, para ayudar á esta obra de alivio y regeneración, de cultura y de patriotismo.

Hay profundas tristezas morales en la remota tierra que fué testigo de tantos heroísmos; se oyen entre los robles, dice un poeta:

las enfermas, llorosas melopeas
de una raza muriente.

Hay miserias sin nombre en aquellos campos donde la historia va á recoger muchas y muy duras responsabilidades para nosotros.

Hagamos que algún día se sepa que, arrepentidos de la conquista del alcohol, entran los buenos hijos de Chile en la Araucanía guiados por misioneros para civilizarla y regenerarla.

Viaje á través de Nueva Pomerania

por el R. P. J. V., de la Compañía del Sagrado Corazón de Issudun

(Continuación)

EL rey de los árboles, el que constituye la riqueza y el orgullo del país es el cocotero. Sale de la tierra y se lanza á la región del viento recto como cohete, meciendo orgulloso su cabeza de rama á treinta metros de altura.

Dios no regaló á los indígenas otro más hermoso ni más útil. El coco les proporciona leña, comida y bebida de sabor diferente, según el tiempo que en el árbol vive.

Su idioma es rico en vocablos que expresan los estados diversos del precioso fruto.

La obra más importante de la Misión la constituyen los orfanatos. En ellos alberga el misionero el niño, que adquiere fácilmente comprándolos á los tíos, de quienes dependen, y cuyo único deseo, al ver que en cambio les ofrecen regalos, es desembarazarse de sobrinos y sobrinas. Un niño cuesta, incluyendo los gastos del viaje, poco más de sesenta francos. Los tenemos de todas partes, así del litoral como del interior, pero su casi totalidad son originarios de Nueva Mecklemburgo. El Ilmo. Couppé ha llevado á feliz término numerosas correrías apostólicas al interior de estas inexploradas islas, descubriendo tribus asaz salvajes. Como fruto de las mismas ha reunido un buen número de niños que, primicias de la fe en estas islas, serán la semilla que la hará germinar entre sus compatriotas.

Espectáculo encantador ofrecen los grupos de niños salvajes. No es blanca su piel, pero tampoco negra; el color más obscuro es parecido al del chocolate, y suavizándose en muchos conviértese en moreno rojizo. Rara vez se observa en ellos lo que los antropologistas llaman progmatismo y dolicocefalismo, deformación de la cabeza por la prolongación de las mandíbulas y del occipucio.

Regularmente oval, facciones correctas, nariz vulgar, algunas veces ligeramente inclinada, labios delgados, tez fina, animada, expresiva.

En los orfanatos se reúnen niños de toda edad: desde el bebé que anda con paso incierto, hasta el joven que cuenta los primeros años de la adolescencia. El P. Goutherant y dos Hermanos cuidan de la educación y vigilancia de los niños. Las Hermanas de Nuestra Señora se consagran á la educación de las niñas.

Los gastos de instalación son escasos, pues escasas son las necesidades del salvaje. Una sala larga de cuarenta metros sirve alternativamente de dormitorio, clase, comedor y refugio cuando llueve á todos los niños. Instaladas con mayor comodidad, habitan las muchachas una casa de bajos y primer piso, recién construida. No busques, lector amigo, camas, sillas ó mesas: lo superfluo es desconocido. Platos, tenedores, cucharas, son lujo ignorado. Nada de este ajuar sencillo podría ser eliminado por la más rigurosa economía. Visten los niños el *lava-lava*, cortos pantalones de tela blanca ó de color, cubriendo lo restante de su cuerpo con la bronceada piel que Dios les dió; traje el más apto para soportar la temperatura de estas regiones, y que es á la par el mejor y más resistente calzado para sus ligeros piés. Su rizada cabellera suple todos los sombreros inventados por la voluble moda... Las niñas visten largas batas de modesta tela. La sencillez y monotonía de su existencia excusan toda descripción. Llega la noche, acuden los muchachos, y puestos en fila cubren el suelo con mantas de lana, y tendidos y envueltos en ellas, sin somiers, colchones, ni almohadas duermen á pierna suelta alegremente entretenidos por los dorados sueños de la niñez inocente.

Por la mañana cuando el sol matutinal acaricia con los primeros rayos las altas cimas de los cocoteros la campana llama á levantarse. Hacen la señal de la cruz diciendo en alta voz: «*En nombre de los tres: el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo*» (Su lengua exige esta manera de expresarse). Y acto seguido surgen de entre la sábana, vestidos, arreglados, listo su tocado, cual surgió Minerva armada de todas armas del fecundo cerebro de Júpiter. Su primer acto es doblar las rodilas y ofrecer á Dios su corazón y su *balan*, palabra que significa alma y estómago; pero ellos saben hacer la distinción conveniente.

Doblan cuidadosamente la manta, la guardan en un armario, y luego van todos á lavarse, pues se les inculcan hábitos de limpieza. Algunos llevan regaderas, y con ellas toman el agua que los demás reciben á manos llenas.

Al sol y á la brisa confían el cuidado de secarlos. Pasando las manos por la cabeza arreglan el peinado. La fresca temperatura de la mañana y el contacto del aire les hace temblar de frío, y cruzando los brazos sobre el pecho, extienden sobre la espalda las manos, agachan la cabeza, y tiritando esperan el toque de oración, que poco tarda en sonar.

Postrados al centro de la sala, repiten en alta voz y pausadamente las oraciones que saben de memoria. Poco después llega para los bautizados, que son la casi totalidad, la hora de asistir al santo sacrificio de la Misa. Añaden al *lava-lava*, que visten siempre, una camisa de tela de color, y dos á dos se dirigen á la capilla por un camino que limitan las flores y alfombra el césped. Los demás permanecen en la sala, donde reciben la instrucción preparatoria para ser bautizados.

El Vicario apostólico celebra la Misa, asistido por dos monaguillos que visten encarnada sotana y blanco sobrepelliz. Admiran la piedad, modestia y recogimiento con que cumplen las ceremonias todas. Los niños canaques guardan siempre actitud digna, elegante. Nunca se observa en ellos cansancio, decaimiento ó pereza; siempre firmes, recordando su hermoso talle las bellas estatuas joyas del arte de Grecia. Quizás en las selvas los gigantescos troncos rectos de los altos cocoteros les enseñaron la elegancia y les dieron su esbeltez.

La primera fila la ocupan los niños, verdaderos angelotes sopladores de redondas mejillas. Sus contemporáneos europeos dudarán de la veracidad de mis palabras al afirmarles que sus nuevos hermanos canaques no hablan en la capilla, no vuelven la cabeza, guardan siempre modesto continente que exhala respeto y fe.

Luego cantan, y cantan muy bien. El P. Goutherand, misionero y artista, les enseña música. Los más sentidos motetes de Mozart, las letanías de Terzini, las melodías religiosas, llenas de mística dulzura, de Beethoven, P. Herman, Mendelssohn, son interpretadas por los músicos noveles con innato sentimiento del arte. Las dulces voces de aquellos niños inocentes á quienes pudiéramos llamar ángeles de la tierra, se unen y forman un coro suave, encantador, que se me antoja tendrá algún parecido á los coros de los Angeles del cielo.

¡Extraña emoción experimento al oír con regular frecuencia resonar estos cánticos bajo las bóvedas de la Basílica de Issudun ó en la capilla de Anvers, cánticos que repercuten con mágico influjo, con nueva dulzura, al fondo del alma, y hacen surgir un cortejo de recuerdos de tiempos mejores, de tiempos más santos que llenan de nostalgia el humano corazón!... ¡Con cuánto placer escucho repetir los nombres benditos de Jesús y María cantados, celebrados por labios que apenas aciertan á balbucearlos, formando una nota santa que suena por los ámbitos todos de esta tierra bárbara, alejando atemorizados los gritos de rabia, los cantos impuros que siempre hasta ahora reinaran en paz!

Y se cumple la voz del Profeta: «Alabad al Señor, naciones de la tierra: pueblos de la tierra, alabadle.» Y se cumple también el profético cantar de María: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada.»

¡Nombres sagrados de Jesús y María! ¡que pronto repercutáis triunfalmente de uno á otro polo, de uno á otro mar, que el mundo entero cante vuestra eternal victoria! ¡Que gloriosos vibréis en los labios de estas razas que Vos, Señor, Vos, Madre de misericordia, sois los únicos que podéis guiarlas á la consecución de la felicidad sin fin prometida á los hijos que os aman!

Acabada la Misa empieza el trabajo. Inculcar este hábito ha sido siempre parte esencial de la buena educación. Y la necesidad de que así sea sube de punto entre los pequeños canaques. Hombres y muchachos cuidan poco ó nada de comer el pan con el sudor de su frente. Hablando en general, prefieren al sudor el más riguroso ayuno.

Las faenas penosas y rudas las guardan para las mujeres, que es forzoso reconocer son modelo de laboriosidad. Poco tiempo necesitan para cuidar de ajuar y quehaceres domésticos, pues el primero es desconocido de los canaques y los segundos se reducen á cuidar de sus hijos pequeños y preparar el *caicai*.

El *caicai* es la única comida: lo toman por la tarde, y consiste en ñames, bananas y otros escogidos frutos del bosque cocidos al fuego de ramas secas. Los días de fiesta grande comen un pollo, un marrano ó un pez. En otros tiempos el hombre era el plato mejor de este banquete. Manjar tan... apetitoso va siendo cada día menos frecuente.

Barrer, hacer coladas, zurcir, confeccionar nuevos vestidos, cuidar de la *toilette*, invenciones son desconocidas de las señoras de estas islas. Pero en cambio preparan las tierras, cultivan los campos, cosechan los frutos y transportan sobre sus espaldas las más pesadas cargas.

Lástima profunda causa ver estas pobres mujeres delgadas, amarillentas, de piel rugosa cubierta de una especie de lepra, avanzar en fila por los estrechos senderos, silenciosas, encorvadas, tristes, llevando un moletudo niño atado á la cintura, sobre la cabeza una cesta, rodeada la frente por fuerte liana que sostiene sobre la espalda pesada carga, y en la mano gruesa caña de bambú llena de agua.

A corta distancia de la triste caravana sigue el hombre de arrogante figura, robusto, colgante de sus la-

bios la humeante pipa, mascando *arecas*, llevando en un saquito un espejo y otras pequeñeces bucólicas ó destinadas á su adorno personal.

A los veinticinco años la mujer, gastada por tan penosa existencia, es vieja, pero no vieja como las viejas de Europa, que guardan el corazón siempre joven, el espíritu vigoroso y alegre, ágil la mano, pronta la lengua; cuya faz delgada sonríe entre viejo pañuelo que cubre su cabeza, y cuya alma enriquecida por la experiencia, fortalecida por la piedad y la virtud parece querer huir de la frágil prisión que la encierra. Aquí las mujeres son bestias de carga que agotaron sus fuerzas, muertas ruinas que nada recuerdan, lámparas faltas de aceite que sólo producen escaso humo, nuncio de una vida que muere.

Los hombres cuidan solícitos de su conservación, y se emplean en tejer y reparar redes y cestos de mimbres, contemplar las que trabajan, y durante las primeras horas de la mañana, cuando sopla la fresca brisa refrigerante cultivan entre descanso y descanso un reducido pedazo de tierra.

Acostumbran permanecer sentados casi todas las horas del día.

Absurda es tan desigual distribución del trabajo. Además, al igual que en las aguas encharcadas nacen los bichos venenosos, en la vagancia germinan y medran todos los vicios.

Después de no pocos esfuerzos hemos logrado inculcar en el ánimo de los jóvenes canaques amor y aplicación al trabajo.

Nunca, sin embargo, se les ve apresurarse. Los canaques desconocen el llamado por el refrán griego martirio de la precipitación. Muy grave debe ser la causa que les obligue á acelerar sus actos. Orgullosos mantenedores de su dignidad, creen reflejarla en la calma perezosa.

Procuran convertir el trabajo en alegre pasatiempo, y el canto de un pájaro, el vuelo de las mariposas, un incidente cualquiera es para todos ellos motivo de sabrosos comentarios y alegres carcajadas, pues los canaques de Nueva Pomerania viven siempre dispuestos á mover los labios al compás feliz de la risa espontánea.

La bulliciosa juventud de estas islas ignotas desconoce la triste melancolía. Si quizás alguna vez nublan su frente recuerdos ó presentimientos que le torturan el corazón, una palabra, un ademán, el más sutil motivo es bastante para que renazca la alegría perdida.

Les gusta meter ruido, y en cualquier imprevisto acontecimiento, al divisar en el confín lejano del horizonte la silueta de una nave, al gemir la tierra fuertemente sacudida por destructor terremoto, lanzan al aire gritos y chillidos ensordecedores.

Contemplad el desfile de algunos de nuestros trabajadores: avanzan despacio, al hombro la azada, en fila como gastadores... imberbes. Van á llenar una barranca. Su arrogante aspecto parece augurar que á su sola presencia se humillarán las colinas y la barranca desaparecerá. Pero la experiencia enseña de cuán opuesta manera sucede, y el mucho tiempo que ha de transcurrir para ver realizada la obra. Acarician dulcemente



NUEVA POMERANIA (*Oceania*).—To-Mari, jefe católico de Non-ka, cerca de Vlavolo. (Pág. 57)

con palas y azadores la generosa tierra que con mano pródiga les alimenta: y luego ¿no es esencial el descanso y la diversión?

El trabajo favorito de los niños canaques es hacer trabajar á *Max*.

Max es un hermoso jumento, buscador de aventuras que de Portd-Said llegó á Nueva Mecklemburg y de ésta á Nueva Pomerania: acabando sus largos viajes entrando como dependiente en nuestra Misión.

Max exige poco á trueque de sus trabajos. Atado al tronco de un árbol, pasea tranquilo hasta donde la cuerda permite, come la fresca hierba, y quieto día y noche sufre los abrasadores rayos del sol del mediodía, aguanta los torrenciales aguaceros, y... tiemblan sus narices, un estremecimiento recorre su cuerpo, levanta el superior de sus labios, y ríe y silba y entona el canto más solemne de los más sonoros rebuznos.

Max comprende la importancia de su misión. Siempre grave, siempre serio, da ejemplo de trabajo, paciencia y sobriedad.

¡Sobriedad! Los canaques no necesitan ejemplos de esta clase. Esperan la hora del desayuno... llega un día que no suena... y el canaque siempre alegre lo pasará sin comer.

FIN

* LOS PIGMEOS *

POR EL ILMO. LE ROY

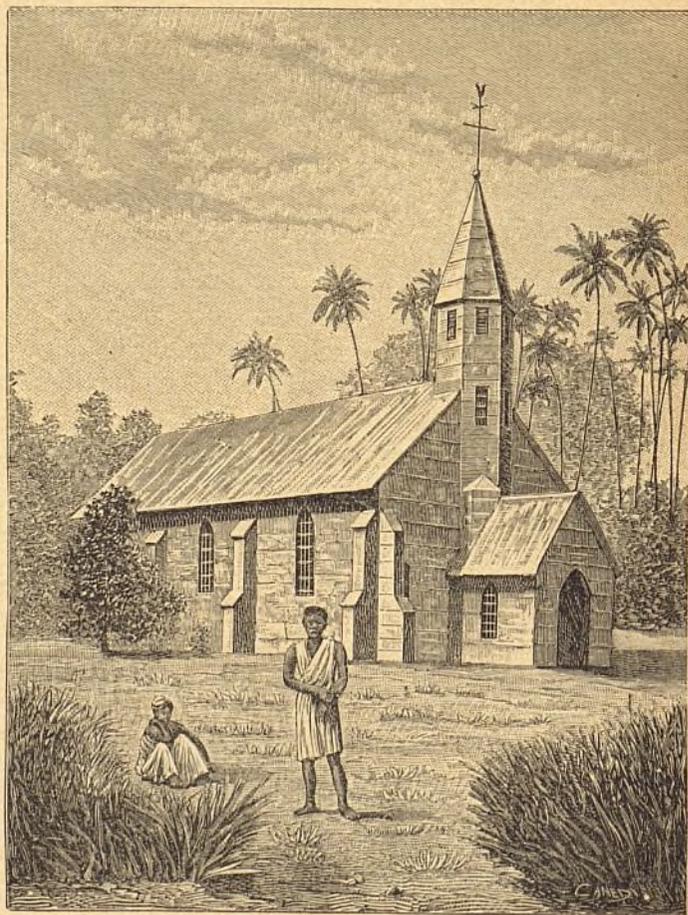
OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

V.—CARACTERES INTELECTUALES

Habitación primitiva.—Conocimiento de los caminos.—Previsión del tiempo y de los fenómenos atmosféricos

La casa, choza ó albergue, llámese como se quiera, es lo más sencilla posible, y con poca diferencia igual en todo el continente africano. Es vivienda esencialmente temporal, y nadie con más verdad que los negrillos pueden repetir las palabras de la Sagrada Escritura: *Non habemus hic manentem civitatem*.

La construyen fijando ramas en el suelo y encorvándolas hasta juntarlas; luego las cubren de hierbas ú hojarasca, según las circunstancias. También según las circunstancias ó según los grupos, son las chozas óvalles, redondas ó, como en Fernán Vaz, parecidas á un tronco cortado por su mitad. Siempre son muy pequeñas, y aptas sólo para albergar una familia durante la noche. Sobre bajos piés de madera colocan largas cortezas de árbol, bien ó mal aplanadas á fuerza de golpes



NUEVA POMERANIA (*Oceania*).—Iglesia de Vlavolo. (Pág. 57)



Yeso (Japón).—Casas construidas sobre estacas. Reproducción de fotografía remitida por el P. Marnas. (Pág. 64)

de mazo, y esto es su lecho. Un tronco les sirve de almohada. Al alcance de su brazo arde el fuego, y repetidas veces dejan la cama para avivarlo: encerrados en tan mísera choza dejan ruja furioso sobre los árboles el temporal, ó zumben y canten, bañados por pálido rayo de luna, insectos y aves; y viven alegres y siempre son todos felices.

A la natural afición á la caza, que en grado eminente admiramos en todos ellos, y que es sumamente favorable para el ejercicio intelectual, debe sumarse la gran facilidad con que, sin preocuparse del camino, saben orientarse dentro de sus bosques inmensos, y como desde cualquier punto aciertan á regresar al campamento á que pertenecen. Cierto es que emplean diversos medios auxiliares, tales como contar determinado número de ramas, dejar alguna señal ó fijarse en tal árbol ó accidente del terreno, pero todo ello en nada desmerece la probada habilidad. Un negrillo no se extravía nunca ó casi nunca. Esta aptitud disminuye sensiblemente, y aún acaba por desaparecer, en aquellos que siendo niños abandonaron su familia y fueron educados lejos de los que le dieron el ser.

Noche y día conocen los negrillos guiados por el sol, la luna, las estrellas, el canto de las aves, el zumbir de un insecto ó por cierto indeterminado sentimiento interior, el lugar donde se encuentran.

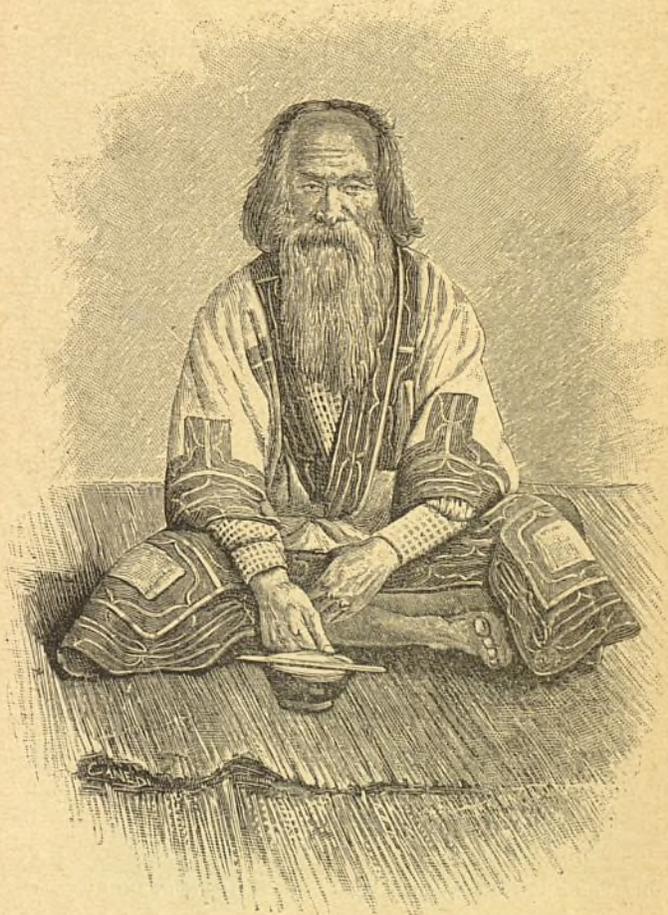
Mejor que nadie adivinan la proximidad de la lluvia, ó si después de largos días nublados volverá á lucir el sol.

Cuentan los días por las fases de la luna, y los años por las cosechas de la nuez de *mponga*. Pero al hablar de tiempos pasados suelen en vez de citar determinado año decir: «Cuando era pequeño como *fulano*; cuando *zutano* mató por vez primera un elefante; cuando vivíamos en *tal* campamento.»

Entre las constelaciones las Pléyades son las más conocidas, y su aparición en el cielo africano es salu-

dada por muchas tribus con grandes fiestas: es el principio de nueva estación, y en general el tiempo de la siembra.

Poco preocupa á mis hombrecillos la astronomía: toman como vienen los fenómenos naturales, sin preguntarles su origen ni buscar una solución que no pueden



ANCIANO AINO. (Pág. 64)

hallar. El trueno no les asusta; para ellos es «la lluvia que llega.» Creen que la luna fué creada para alumbrar al hombre durante la noche, y para poder contar los días; el sol para alumbrarnos durante el día y dar lozanía y vida á los bosques, de igual modo que lo fué la tierra para ser morada del hombre y alimentarle, hasta que pasados días ó meses ó años ella á su vez lo pueda devorar.

Rudimentarios parecerán, y realmente los son, los conocimientos astronómicos de los pigmeos, pero no así si los comparamos á los que un libro repleto de pomposa ciencia atribuye á los hotentotes, los cuales, dice: «¡Miran el sol como un pedazo de manteca colgado á inmensa altura!» Curioso es el descubrimiento, y no hay hotentote capaz de realizarlo por sí solo, pues... los hotentotes desconocen la manteca: necesitarían para ello el poderoso auxilio de algún renombrado profesor de la Escuela antropológica de París.

Livingstone testifica la sorprendente habilidad con que los bushmen sacan partido de cuanto puede serles útil en la ingrata tierra en que habitan.

«Los bushmen, dice, parecen ser los aborígenes de la parte meridional del continente africano. Al igual que los beduinos, son nómadas, no labran la tierra ni crían otros animales que perros de miserable especie. En cambio conocen con exactitud tan sorprendente las costumbres de los animales salvajes, que les siguen en sus periódicas emigraciones, les sorprenden, matan y comen en el lugar mismo donde lo cazaron. Al producto de la caza, que constituye su principal alimento, añaden raíces y frutas salvajes que las mujeres cuidan de buscar.

«El miedo que en ellos despierta la visita de extranjeros, les induce á vivir lejos del agua y á esconder los sitios de donde la sacan: llenan de arena los hoyos que se la proporcionan, y encienden fuego cabe estas que podremos llamar cisternas. Cuando necesitan agua colocan las mujeres, en un saco ó red que cuelgan de su espalda, veinte ó treinta cáscaras de huevos de avestruz provistos todos de un agujero de dos ó tres centímetros, y destinados á servir de copas. Al extremo de una caña que mide unos sesenta centímetros de largo, atan una gavilla de hierba, la hunden en el hoyo del agua, cuya profundidad no excede lo largo del brazo, y la rodean de arena húmeda fuertemente apretada: aplican los labios al extremo de la caña; aspirando hacen el vacío, y poco tarda el agua en llenar la boca de la que aspira. A medida que el líquido es sacado sorbo á sorbo de la tierra, pasa á llenar las cáscaras de huevos colocadas á corta distancia de los labios de la mujer, que desempeña el oficio de bomba aspirante: para vaciar estas cáscaras se sirven de una paja (1).»

«Su vida errante, añade E. Reclus, impide á los sán ejercer industria alguna. Donde carecen de fusiles emplean, aun hoy, arcos y flechas de emponzoñadas puntas de hierro, ó también agudas piedras, pedazos de vidrio ó de sílex. Los sán visten muy á la ligera: á los más ricos les basta cubrirse con la *kaross*, piel de ove-

ja: pero todos gustan adornarse cara y cuerpo con collares de huecesillos, puntas de flechas y plumas de avestruz; los kalahari adornan con palillos el tabique de la nariz. La mayoría no tienen chozas, pues viven en las cavernas ó en las guaridas de los animales; duermen tendidos sobre las calientes cenizas del apagado fuego, y sobre estacas de poca altura tienden una estera para guardarse del viento. Su accidentada existencia contribuye al desarrollo de su ingenio, y los que en la juventud son recogidos por hombres civilizados, viviendo entre ellos aprenden con facilidad cuanto les enseñan. Todos son hábiles pescadores y pastores excelentes; pero cien y cien veces abandonan las civilizadas viviendas, donde al menos tenían que comer, para recobrar su salvaje independencia, las atrevidas correrías y... ¡la miseria! Con mayor entusiasmo que todos sus vecinos, se dedican á danzas y cantos: son, además, pintores, y en las grandes rocas de las cavernas que habitan ó habitaron, se han descubierto dibujos trazados con ocre ó policromados, representando escenas de caza, batallas y luchas parciales con los de todos ellos odiados boers. Vemos, pues, que la vida del bushmen, al que todos, cafres ú hotentotes, ingleses y holandeses creían tener el derecho de perseguir y matar cual bestia feroz, tiene sus hermosos ideales. Y admira á cuantos los estudian, la imponderable riqueza del tesoro de fábulas, cuentos y mitos que cuidadosos conservan (1).»

Estudios hechos en la misma región que pueblan, permiten á M. Bertin insistir en ponderar su sorprendente talento imitativo. «Se cuenta que un bushman, sirviente de un boer, sabía imitar con gran habilidad todos los habitantes del cortijo y cuantos extranjeros lo visitaban; pero que jamás quiso imitar á su amo, quien le dispensaba amable trato. Este talento imitativo se evidencia en las pinturas y esculturas dejadas por los bushmens en las paredes de sus cavernas ó en las grandes rocas. Para dibujar sirven de arcillas de distintos colores, y para esculpturar de un cuchillo de sílex. Cierto es que todas estas manifestaciones artísticas no muestran la misma habilidad, pero todas sorprenden por el exacto parecido, y en todas supo el artista evidenciar su intención. De las citadas obras muchas son caricaturas. El boer, el hotentote de gruesos piés y grotesco cuerpo, el cafre negro son reproducidos con notable exactitud. Admira ver á estos primitivos salvajes, pintar con una caña y esculpturar con un cuchillo sobre los peñascos inmensos de su país. Ni el cafre, ni el hotentote, aun suponiéndoles mayor grado de civilización que el actual, son capaces de producir el peor de estos dibujos. Posee el bushman también un instrumento musical, rudimentario, es verdad, pero que es nueva prueba de esta singular mescolanza de vida salvaje y gusto artístico (2).»

La música y el dibujo parecen tener menos desarrollo entre los negrillos del bosque ecuatorial. Pero su talento imitativo es el mismo, y vimos con qué paciente observación y notable resultado estudian de modo muy especial las costumbres de los animales, y saben

(1) Livingstone: *Explorations dans l'Afrique Australe*.

(1) E. Reclus: *Nouvelle géographie universelle*, t. XIII.
(2) G. Bertin: *The Bushmen and their language*, p. 7.

servirse de sus conocimientos para la caza y para imitarlos en sus juegos. Observan los monos; y cuanto estos animales comen los negrillos lo comen también.

Notable es el alto concepto que estos enanos merecen de todas las tribus vecinas. Vimoslo anteriormente al tratar de los bonis, habitantes del bosque de Sokoke; y forzoso es respetarlos, pues son señores de los secretos de todas las cosas, y de misteriosos medios que emplean cuando quieren vengarse, v. g., extraviar al viajero que cruza confiado los bosques inmensos de su bello país.

Iguales sentimientos inspiran los enanos del Atlas, sentimientos mezcla de respeto, aversión y temor. «Su presencia es augurio de felicidad, pero es condición esencial no hablar nunca de ellos: opinión igual á la de los bengas y gabones, que si quieren abundante caza nunca deben nombrar á los a-kôa. «Pasan bien la vida, añade el Dr. Caze, prediciendo sucesos futuros y diciendo la buena ventura. Conocen las estrellas, y saben descubrir la plata escribiendo palabras simbólicas sobre tablas por ellos dispuestas (1).»

Este conocimiento de las cosas escondidas, es uno de los motivos de su permanencia en las casas de los jefes principales. Los personajes todos, me decía un negro, tienen en sus casas a-kôas á quienes consultar. Denis, el rey que regaló el Gabón á los franceses, y que en sus buenos tiempos gozaba de considerable autoridad, siempre tenía cabe sí viejos magos a-kôas, á quienes preguntaba repetidas veces las intenciones de aquellos de sus súbditos, que temía le mataran ó hicieran traición. Cuentan que un día visitóle un su pariente, quien hizo reiteradas protestas de aprecio y vasallaje. «Mientras, increpóle Denis, contigo traes un fetiche que debe dañarme: abre esta caja.» Obedece... y al fondo de la misma apareció el fetiche... El jefe había sido avisado por su *vidente*.

Hallándome en Bata (Congo francés), fuí visitado por un instruido indígena, ministro presbiteriano y director de una Misión. Era, además, dicho hombre excelente cazador, y con atención solícita enviaba al Padre Davezac la mejor parte del elefante, buey ó hipopótamo víctima de sus certeros disparos; y el Padre le correspondía ejerciendo de médico cuando él ó los suyos enfermaban. Pedí á Etiani Nyenye, que así se llamaba el indígena presbiteriano y cazador, tuviese la amabilidad de escribirme cuanto supiera referente á los enanos de Kombé. Al día siguiente me remitió los detalles que á continuación copio, traducidos directamente de la lengua indígena y, en consecuencia, conservando parte de su nativo sabor: «Los ba-kweya son hombres no largos y sí cortos. Matan muchos animales. No son malos. Viven en casas que no son casas. Nunca arreglan jardines para plantar yuca ó bananas. Comen cuerdas del bosque (lianas), miel y carne de animales. Conocen el baile, las virtudes de las plantas y muchas otras cosas. Poseen los blancos la ciencia del mar: nosotros no tenemos nación que en esto les exceda. En cambio los ba-kweya conocen la ciencia de la tierra:

(1) Dr. Caze: *Revue des Revues* (15 Mayo 1896).

no hay en el mundo nación que en esto pueda comparárseles. Ellos son los que vivían en los primeros tiempos, y los guardadores de la ciencia de lo desconocido. Ellos son la raíz del mundo.»

Al terminar la enumeración de los caracteres intelectuales de los negrillos, ¿deberemos indicar su aptitud para gozar las mil excelencias y comodidades de nuestra civilización?

«Schweinfurth, dice Mr. de Quatrefages, pinta un cuadro asaz cargado de notas negras al ocuparse del carácter é inteligencia de su Nseiwé. Afirma no pudo aprender el árabe ni ningún dialecto de los del país... En oposición al que antecede el conde Miniscalchi cita otros dos, Tebo y Chairallah, jóvenes afectuosos, agradecidos y muy aptos para aprender. Ambos, pero especialmente Tebo, tenían para la música sorprendente aptitud. A los dos años de su llegada á Europa, sabían leer y escribir correctamente...» Y algunas líneas más abajo añade: «Ambos mostraban noble emulación. En clase avanzaron á sus condiscípulos europeos, jóvenes de diez á doce años. Evidencian el resultado brillante de los estudios de dichos negrillos, las notas que sus profesores mostraron á Mr. Giglioli, como obtenidas en los exámenes de composición, aritmética, análisis gramatical y dictado.

«La condesa Miniscalchi distraía sus ocios enseñando música á Tebo, y Mr. Giglioli escuchó á este akka interpretar en el piano con precisión y sentimiento dos piezas musicales de difícil ejecución (1).»

Los copiados datos sólo se refieren á tres negrillos: uno de escasa inteligencia, dos que mostraron capacidad igual á sus coetáneos condiscípulos italianos. Pero fácil es comprender la insuficiencia de tales datos. Supongamos que los negrillos se apoderaran de determinado niño parisién ó romano, podrían afirmar que no fué capaz de aprender su lengua, ni resultó un cazador aceptable; y sin embargo, ilógicos serían al deducir del citado hecho que los niños blancos todos son imbeciles...

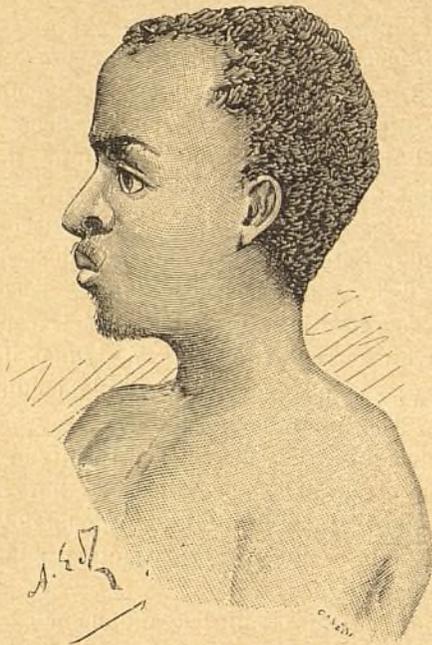
En todas las Misiones del Gabón he visto individuos de la raza que me ocupa. Uno, Osangé, mestizo de a kôa y de benga, de edad treinta y cinco á cuarenta años, y 1'45 m. de altura. Vive en el cabo Santa Clara, á corta distancia de Libreville, y es quizás algo más perezoso que la generalidad de sus compañeros — lo cual no es poco decir, — siempre corre los bosques, habla correctamente el francés, y en todo lo demás es exactamente igual á todos los mortales.

Otro educado en Lambarené, Ogowé, mostró inteligencia igual á la de sus condiscípulos.

Andrés Mbumba, educado en Fernán-Vaz, hijo de madre a-koa y padre ishongo, conserva el tipo puro de la raza, cabeza gruesa, ancho pecho, piel amarilla. Tiene actualmente 22 ó 23 años, y comercia por cuenta de su principal. El pasado año lo encontré en el país de los eshiras, donde ensayaba el servirse de los indígenas para recoger caucho; algún tiempo después le vi

(1) A. de Quatrefages: *Les Pigmées*, p. 265 y sig.

de nuevo en Fernán Vaz. Es un joven excelente, amable, servicial, y muy agradecido á los misioneros que le instruyeron y bautizaron. Cuatro años hace salió de la casa misión, y conserva con solícito cuidado sus religiosas prácticas, y sus obras muestran inteligencia por lo menos igual á la de los europeos de su edad: habla correctamente varios idiomas y entiende muy bien el francés.



ANDRÉS MBUMBA.—Tipo mestizo (madre negrilla, padre negro) dibujo del Ilmo. Le Roy

Edad 20-25 años; alto 1'48 m.; índice cefálico, 83-22; color de la piel claro; cabello negro; nariz remachada; orejas bien formadas.

Cité anteriormente el pequeño Tomás Osorio. Acababa de ser admitido en la Misión cuando lo vi en Fernán-Vaz, y conservaba casi todos los rasgos y costumbres del salvaje. El primero en correr por el bosque, era el último de entrar en clase. Pero es listo é inteligente. Es, me dijeron, un a-koa puro del tipo negro, feo, rechoncho y bajo.

Finalmente, un joven de quince años, tipo puro, piel de color claro, y que presentaba todos los caracteres de raza, recibió instrucción primaria y religiosa en la casa de Félix Repontyombo, uno de los jefes del Gabón. Bautizado con el nombre de Navidad, aprendió con facilidad, y primero que todos sus condiscípulos, cuanto le enseñaron. Es excelente muchacho en quien Félix deposita toda su confianza.

De los precedentes hechos ¿qué conclusión es forzoso deducir? No prueban, es verdad, que esta raza de *enanos* sea una raza superior; pero todos los observadores imparciales deben forzosamente decir lo que dice el sabio naturalista tantas veces citado: «A pesar de su corta talla, de sus brazos relativamente largos, de su abultado estómago y cortas piernas, los akkas son hombres, verdaderos hombres, y cuantos soñaron ver en ellos los semimonos, deben en la actualidad confesar su engaño (1).»

(Se continuará).

(1) A. de Quatrefages: *Les Pigmées*, pág. 269.

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

(Continuación)

Piratori

17 Junio.

DEBEMOS proseguir la interrumpida marcha. A las cuatro de la tarde doblamos la cima del monte que separa Oruika de Piratori. La capital aina duerme al fondo del valle que se extiende á nuestros piés. Por entre el espeso ramaje y las altas hierbas que cubren la tierra y retardan nuestra marcha, divisamos los primeros techos de paja de las casas ainas.

A las cinco de la tarde entramos en Piratori.

Al pasar cerca de estas viviendas que bien podemos llamar chozas, sentimos en el ánimo profunda impresión de tristeza. Todo parece anunciar la próxima muerte de una raza enferma, degradada, envilecida. La pálida luz del sol que se esconde detrás de los montes, baña las aguas tranquilas que lamen las plantas de la ciudad aina y los bosques gigantes que cubren colinas y llanuras, y añade nueva tristeza, mayor melancólica á la que exhala la capital salvaje.

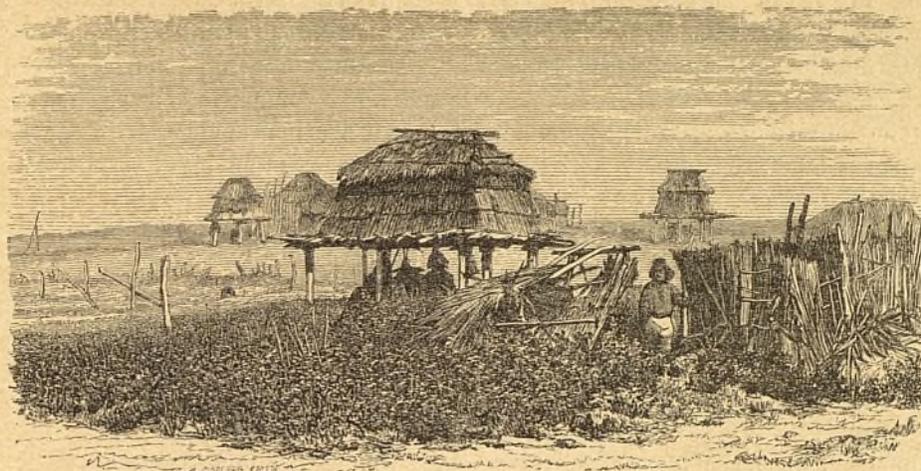
El paisaje que se extiende al rededor de Piratori no carece de belleza y poesía. Corre el ancho valle un río de agua pura, de orillas sombreadas por sauces seculares que vanidosos contemplan su belleza en la corriente tranquila, y siguen rodeando el río en su gracioso culebrear. A ambos lados, limitando la llanura, colinas de suaves pendientes, vestidas de exuberante vegetación la protegen contra los vientos del Norte y del Sud.

Reclinada entre esta naturaleza á la vez grandiosa y triste, extiende Piratori sus pobres edificios.

Este pueblo-capital se divide en dos partes: Kami Piratori y Shimo Piratori, parte alta y parte baja, contando cada una cincuenta chozas ó casas, construidas todas al mismo lado de la calle, unas á continuación de otras, disposición que da á la ciudad una longitud excesiva. Delante de cada choza y al opuesto lado de la calle, se levantan pequeñas cabañas construidas sobre altas estacas: son los graneros.

Cada familia posee uno, y en él guardan las provisiones y objetos de mayor valía (*vease el grabado página 61*).

La disposición de las casas y graneros sorprende al viajero, y al preguntar el porque de la misma, por toda respuesta dicen los ainos: «Es costumbre. Así lo



Yeso (Japón).—Pueblo aino: reproducción de fotografía enviada por el P. Marnas (Pág. 64)

disponían nuestros padres, y nosotros siempre continuaremos disponiéndolo igual.»

Nada más pobre y primitivo que estas chozas ó casuchas en nada diferentes unas de otras. Siglos hace que esta raza estacionaria se transmite el mismo modelo, sin que nadie cuide de perfeccionarlo. Mil años antes la paja, las ramas, los juncos y las cuerdas sacadas de la corteza del abedul servían para construir las chozas, y hoy como entonces emplean los mismos materiales y los disponen de la misma manera.

Numerosos ainos apenas cubiertos de andrajos, van y vienen siguiendo el camino que nosotros seguimos. Al pasar los hombres nos saludan acariciando su larga barba. Inclinan la cabeza evidenciando su mucha timidez: mujeres y niños huyen y se esconden avergonzados.

Entre otras conocemos en este pueblo una familia, cuyo jefe se llama Kutoroke: en su casa nos hospedaremos los días que permanezcamos en Piratori.

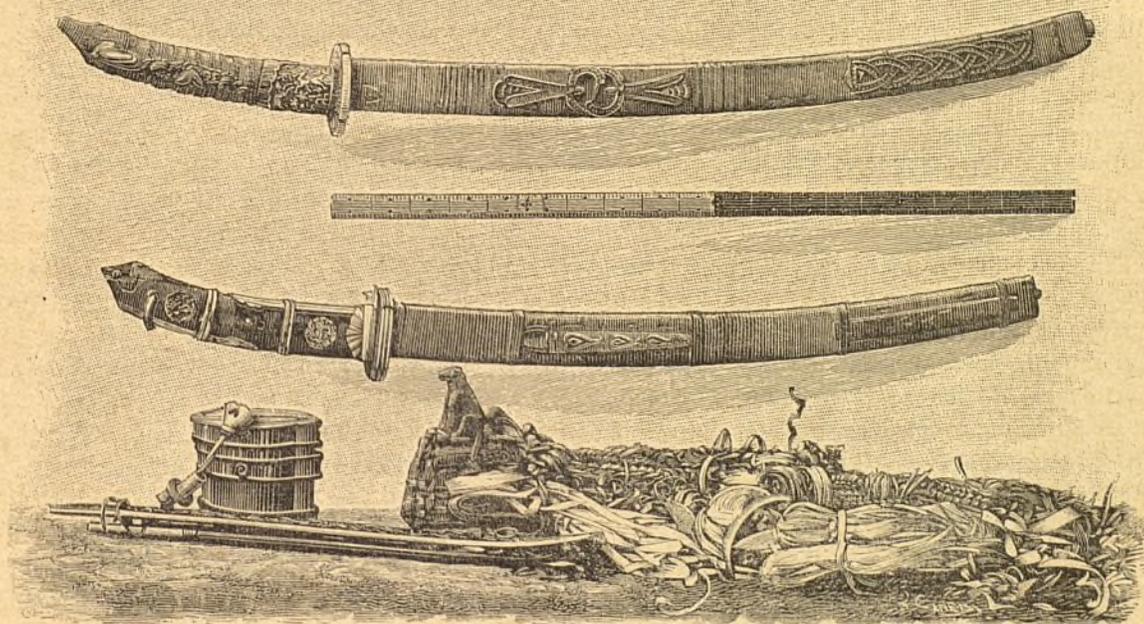
Kutoroke es uno de los más queridos y respetados ainos de la capital: cuenta treinta años, es casado y

tiene tres hermosos hijos. Pretende ser civilizado: viste chaleco, pantalón y zapatos, cubre su cabeza un sombrero roto y sucio, formando su conjunto ridícula caricatura. Habla correctamente el japonés, visita periódicamente Sopporo, y es víctima inconsciente de las burlas de los habitantes de esta ciudad.

Su mujer es más sencilla; viste el traje aino, y para testificar su desprecio al progreso europeo, cuida con solicitud el bigote piqueteado con azul de Prusia.

En la casa de Kutoroke viven su padre y su madre, viejos ainos, amantes de las costumbres antiguas, y cuyo principal trabajo es reprochar de continuo á su hijo el abandono y desprecio de las tradiciones del pueblo.

El viejo Ikonnotoko fué en su juventud excelente cazador de osos, y en la actualidad su mayor placer es referir aquellas aventuras que él reputa sus glorias mayores. Al hablarle de la caza del oso, sus ojos brillan con extraño fulgor y su ánimo parece rejuvenecer.



Yeso (Japón).—Armas: reproducción de fotografía enviada por el P. Marnas. (Pág. 64)

Nuestra llegada causó gran emoción en la choza. Todos se apresuraron á dejarnos sitio cabe el hogar, y empezaron los interminables saludos que la etiqueta nacional exige.

El anciano, sentado en el lugar preferente, empieza tosiendo con cierta solemnidad, se frota las manos, acaricia su luenga barba y dice que su mayor alegría es vernos en su casa. Nosotros nos esforzamos en imitarle y corresponder á sus saludos. Luego por turno repiten el saludo los miembros todos de la familia.

Sencillo era el festín con que nos obsequiaban: patatas y maíz cocido. Comimos con excelente apetito, y procuramos mostrar nuestra gratitud por los solícitos cuidados que nos dispensaban.

Simpático es el anciano. Su barba blanca, sus blancos cabellos que caían sobre los hombros cortados á la nazarena, la dulce timidez que riela de su semblante, su bondad y sencillez todo habla muy alto en favor de la justa fama que entre los suyos disfruta. Su hijo Kutoroke es el jefe de la casa, y debe alimentar y vestir á sus padres ancianos. Cuando durante el día el viejo realiza algún trabajo, al llegar la noche el hijo le recompensa ofreciéndole una taza de vino de arroz.

La tarde que pasamos en su compañía fuimos testigos de uno de estos casos. La abuela presentó la taza: aceptóla el anciano, y en devota actitud antes de apurar el contenido dirigió al Dios omnipotente la siguiente plegaria:

«Dios poderoso, te ofrezco ese vino. Si hablo dignate escucharme, Dios poderoso.

«Dios, Señor del cielo, Dios poderoso, dignate guardar mi cuerpo, Dios poderoso.

«Concede á mi cuerpo completa y perenne salud (que siempre sea feliz), Dios poderoso.»

Acabada la plegaria bebe levantando su largo bigote blanco con el auxilio de pulimentada varita: luego da gracias á los dioses por este beneficio.

Encantadoras son las largas veladas que al amor de hogar humeante se deslizan con dulce suavidad. El anciano accede gustoso á nuestra demanda, y repite fantásticas historias de homéricas proezas realizadas en los mejores días de su fuerte juventud; y cuenta una y cien veces las cacerías y aventuras todas, y aquellos datos comunican con mágico influjo brillo nuevo á sus ojos de mirar apagado, y palabras entusiastas que vibran con los últimos destellos vitales de aquella naturaleza que muere. Deseando le comprendamos mezcla no pocas palabras japonesas á su lengua aina.

No recuerdo haber oído nada más encantador y que con mayor fuerza cautivara mi ánimo, que las historias que al amor de la lumbre relatan á nietos, á hijos y amigos los abuelos de blancos cabellos y de temblona voz. Las cosas que fueron las describe embellecidas por los encantos de su propio sentir, por los encantos de la poesía, amiga inseparable de los recuerdos del humano corazón.

La noche callada reinaba tranquila, el majestuoso danzar de los astros anunciaba las horas primeras de la madrugada, cuando henchida la imaginación de le-

yendas fantásticas, de aventuras imposibles, queríamos conciliar el sueño en la choza salvaje.

Durante la mañana del 18 de Junio, el anciano Ikonotoko se complacía enseñándonos el manejo del arco y la preparación de cepos para cazar el oso, cuando vino á visitarnos Penneri, el viejo jefe del pueblo.

Penneri á pesar de las pocas horas transcurridas desde el abandono del rudimentario lecho á la de su visita, había bebido mayor cantidad de vino del que conviene para conservar clara la cabeza.

Exigía fuéramos á su choza, pues quería enseñarnos sus tesoros, sus armas, y trabar amistad con nosotros los *fur shisham* (nombre que los ainos dan á los extranjeros).

¿Qué hacer? forzoso fué seguirle. En ella nos sentó en lugar preferente, mostró cuanto más valioso poseía: sables enmohecidos, algunos cuya hoja era de madera, y que debió adquirir en la casa de algún anticuario japonés (*vease el grabado pág. 65*), viejas esteras que afirmaba haberle regalado el Emperador...

En tanto Ikonotoko había preparado un lazo y se disponía á mostrarnos sus efectos: había fijado dos estacas distantes dos metros una de otra, y unidas por una cuerda fuertemente atadas: la estaca de la izquierda sostenía un arco tendido, armado de la correspondiente flecha. El menor movimiento de la cuerda debía producir el disparo de aquélla. Para demostrar la bondad del lazo, nuestro hombre silbó con todas sus fuerzas buscando un perro que sustituyera al oso. Cansado estaba de silbar y de ver que ningún perro contestaba al llamamiento, cuando llegó Penneri el jefe del pueblo y le dijo:

—¡Déjate de perros! pasa tú y veremos la excelencia de este cepo.

Disponíase Ikonotoko á obedecer la orden del jefe, pero nosotros no queriendo en manera alguna que el buen viejo estropeará sus piernas, nos opusimos á tan bárbaro mandato, y Penneri cedió.

Convencido Ikonotoko de que no hallaría el perro buscado para hacer el experimento, tomó una estera de juncos y arrollándola la hizo avanzar cabe la cuerda con cuidado sumo, hasta que dejándola caer sobre ella se disparó el arco, partió la flecha y quedó clavada con matemática exactitud en medio del rollo de estera.

—¡Bravo, bien! exclamamos nosotros; el éxito ha sido completo, el lazo acredita la pericia del que lo dispuso.

Acabado el experimento Penneri quiso evidenciar sus habilidades.

Adorna su frente con la corona de los ancianos, tejida de ramas de sauce: viste el antiguo traje japonés bordado en oro y plata, cuyo brillo robaron los años, ciñe una espada y empieza una danza macabra.

Golpea con fuerza la tierra, grita, ruge, gesticula; luego baja la voz, calla un momento cual buscando nueva fuerza para otra vez gritar, rugir y al compás de sus aullidos sacar de la vaina el sable que del cinto colgaba: con vertiginosa rapidez lo hace girar sobre su cabeza, lanza descomunales tajos, avanza, retrocede,

tiembla de cólera y golpea el suelo con creciente furia...

La ligereza, la fuerza, el bélico entusiasmo del danzante y la originalidad de la danza contribuyen á hacerla grata al espectador.

Al terminar pidió dinero para beber.

—Imposible... Otro día quizás... Hoy has bebido más que suficiente.

Feroz es Penneri cuando está totalmente ebrio. Corre las calles del pueblo, se entra en las casas y á todos insulta. Cuando los ainos oyen su voz estertora, temblona, aguardentosa, y lo ven aparecer tambaleándose á la puerta de la casa que habita ó al extremo de la calle, cierran prudentemente las puertas de las chozas, y las viejas asustadas corren á los piés de los *kamwi* (dioses) pidiendo protección, pues... pasa Penneri embriagado.

Entierro aino

Aquella tarde la capital parecía más triste. Silenciosos los ainos enderezaban sus pasos á una misma choza. A ella empujados por la curiosidad dirigimos los nuestros. Tendido yacía un aino muerto. La causa productora parecía ser un *delirium tremens*, efecto del exceso en las bebidas.

De la choza salía infernal desconcierto de gritos, lamentos y sollozos que lanzaban al aire parientes y lloronas, amigos y vecinos, sorbiendo entre grito y lamento sendos vasos de vino de arroz.

No pudimos entrar en la choza ni permanecer cerca de ella, pues acercándonos un aino nos advirtió que la tradición y la costumbre del pueblo exigen que los muertos se entierren sigilosamente, y que nunca ni aun como espectadores sean admitidos los extranjeros, pues un entierro es algo muy terrible y en él toman parte activa las divinidades malas.

—¡Ah! descuidad... nos retiraremos á mayor distancia.

El desfile comienza. Lo preside un viejo aino, que marcha encorvado llevando sobre su espalda una gruesa piel, cortada en forma de lanza. Tras él otros tres viejos, encorvados también, se apoyan en mal labrado bastón. Sobre la espalda llevan un lío de ropa blanca. Son los trajes que deben vestir al llegar al cementerio.

El cadáver, envuelto en una estera y atado por los piés, el pecho y el cuello, es suspendido á lo largo de un palo que sobre los hombros llevan cuatro ainos. Les siguen cinco ó seis planideras y después algunos parientes. Por poco frecuentado sendero que avanza entre las altas hierbas se dirigen á la opuesta vertiente de la colina, donde se extiende el cementerio. Los ainos cuando van á enterrar un muerto nunca siguen los caminos anchos y frecuentados, buscan siempre los más desiertos é ignorados.

El cortejo desapareció entre los arbustos y altas hierbas que bordean el estrecho sendero.

Llegados al campo del silencio los ainos depositan el cadáver en la hoya. Sobre él colocan objetos que en vida le pertenecieron: un arco, una flecha y otros varios, y luego lo cubren de tierra.

Todos los asistentes se lavan las manos: el agua que les sirvió para la ablución es vertida sobre la hoya, que cubren de ramas para impedir que zorras, osos ó lobos puedan desenterrar el cadáver.

Hecho esto regresan á la casa del muerto y construyen *inaos*, rezan y luego empieza un succulento banquete, al que ponen fin cuando todos quedan totalmente ebrios. Este es el llamado *banquete de las lágrimas*.

(Continuará).



Sidón y Tiro

TIRO era, sin disputa, una de las ciudades principales de Oriente, la más floreciente de Fenicia, la reina de los mares, cuando Alejandro, que deseaba ir allá para ofrecer sacrificios á Hércules, lo que con imprudente temeridad le negaron los moradores, la sitió, jurando exterminarla hasta los cimientos (1). Las ruinas de la antigua Tiro sirvieron al conquistador macedonio para poner en comunicación, por medio de una gran calzada, el continente con la isla, en la cual la nueva ciudad estaba edificada. Sitiada ésta por tierra y mar, sucumbió al cabo de siete meses de una heroica resistencia. Sólo en las murallas perecieron seis mil soldados, otros dos mil fueron clavados en cruces á lo largo de la ribera, y todos los demás habitantes, hombres, mujeres, ancianos y niños fueron pasados á filo de espada, menos quince mil que se salvaron en las naves de los sidonios (2).

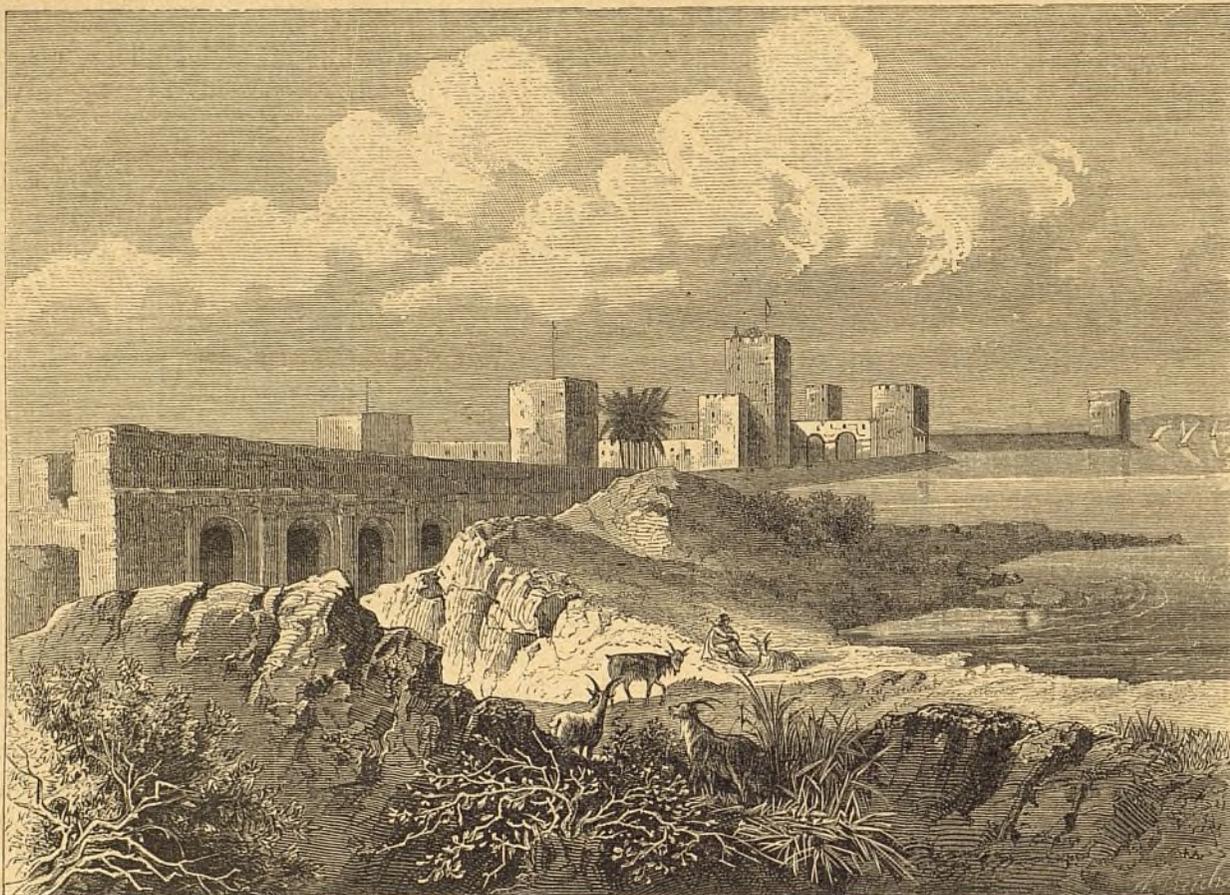
Tiro volvió á levantarse de entre sus ruinas, y bajo el imperio de los Seléucidas de Siria, alcanzaron la facultad de regirse por sus propias leyes. Pompeyo la sometió con todo su territorio al yugo de Roma (60 años antes de Jesucristo), lo que no impidió que siguiera enriqueciéndose y prosperando por medio de la navegación y el comercio, según el testimonio de Estrabón. Herodes el Grande levantó en Tiro un edificio suntuoso para asambleas públicas, almacenes, mercados y templos (3).

Pocos años después tuvo la dicha de ver dentro de sus muros á nuestro adorable Salvador, que en sus cercanías se dignó mostrar su infinita misericordia y poder, librando á una joven del demonio que la atormentaba. «Y saliendo Jesús de allí, se fué á las partes de Tiro y de Sidón. Y he aquí una mujer cananea, que había salido de aquellos términos, y clamaba diciéndole: Señor, Hijo de David, ten piedad de mí: mi hija es malamente atormentada del demonio. Y El no le respondió palabra. Y llegándose sus discípulos, le rogaban y de-

(1) Quinto Curcio: *Historia de Alejandro*, lib. IV, cap. v.

(2) Quinto Curcio: *Ibidem*.

(3) Josefo: *Guerra de los judíos*, lib. I, cap. xvi.



TIRO, ciudad bíblica. (Pág. 67)

cían: despáchala, porque viene gritando en pos de nosotros. Y El respondiendo, dijo: No soy enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Mas ella vino, y le adoró, diciendo: Señor, valedme. El respondió y dijo: No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Y ella dijo: Así es, Señor; mas los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entonces respondió Jesús y le dijo: ¡Oh mujer! grande es tu fe: hágase contigo como quieres. Y desde aquella hora fué sana su hija (1).»

En el Evangelio se habla repetidas veces de Tiro y Sidón, y muchos habitantes de aquellas regiones seguían á Jesús por toda la Galilea (2). Gran número de personas, pues, de aquellas regiones abrazaron las doctrinas del Mesías, en tiempo del Salvador mismo; y la Iglesia de Tiro florecía extraordinariamente en virtud y santidad, cuando la visitó San Pablo, como se desprende del siguiente pasaje (3): «Habiendo hallado un navío que pasaba á Fenicia, entramos en él, y nos hicimos á la vela. Y habiendo avistado á Chipre, dejándola á la izquierda, continuamos nuestro rumbo hacia la Siria, y arribamos á Tiro; porque el navío había de dejar allí su carga. Y como hallásemos discípulos, nos detuvimos allí siete días; y decían á Pablo por el Espíritu que no subiesen á Jerusalén. Y pasados estos días, salimos de allí, acompañándonos todos con sus mujeres y con sus hijos hasta fuera de la ciudad: y puestos de rodillas en la ribera, hicimos oración. Y

despidiéndonos unos de otros, entramos en el navío, y ellos se volvieron á sus casas.» De día en día fué haciendo grandes y consoladores progresos en Tiro la Religión cristiana. A fines del siglo II (198) asistía al Concilio de Cesarea Casiano, obispo de Tiro. En Tiro murió y fué sepultado Orígenes (253). Durante la persecución de Diocleciano muchos cristianos de Tiro sellaron con su sangre la fe, que tan profundamente había arraigado en sus corazones. Eusebio, obispo de Cesarea, fué testigo de la heroica constancia de los invictos Mártires, *cuyo número sólo Dios lo sabe* (1). Mujeres y niños se presentaban alegres, como si se tratase de un festín, ante las bestias feroces, que solían respetarlos. Entonces los verdugos del tirano, más salvaje que los leones mismos, segaban la cabeza de los invictos campeones de Cristo, y arrojaban al mar sus destrozados cuerpos. Entre aquellos gloriosos confesores de la fe tuvo la dicha de contarse San Tirannio, que ocupaba la cátedra episcopal de Tiro (2). En las actas del Concilio de Nicea aparece la firma de Zenón, también obispo de aquella ciudad, donde diez años más adelante (335) se reunía un conciliábulo, compuesto de obispos arrianos, para infamar con perversas calumnias al gran San Atanasio, uno de los más elocuentes y sabios defensores de la ortodoxia católica. Dada la paz á la Iglesia, la sede episcopal de Tiro fué elevada á la consideración de metrópoli, de la cual dependían catorce sufragáneas.

(Se concluirá).

(1) Matth. xv, 21-28.

(2) Luc. vi; S. Marc. iii; Matth. xi.

(3) Act. xxi, 2-6.

(1) *Historia Eclesiástica*, lib. VIII.

(2) *Martirologio Romano*, día 20 de Febrero.

AÑO DE 1900

LA HUÉRFANA

M. BOURDÓN

(Continuación)

Los únicos momentos alegres eran para Teresa los pasados en el jardín, jugando los domingos por la tarde con las hijas del notario, oyendo sus risas inocentes, ó cuando podía dar una limosna que el pobre pagaba con triste mirada de agradecimiento.

— ¡Cuán feliz podría ser mi tía, pensaba, soportando las necesidades del prójimo! ¿Es posible vivir como la hormiga, reuniendo y guardando provisiones sin socorrer á los prójimos que gimen en necesidad?

La Sra. Delaroche, como todos los avaros, no gustaba de la sociedad, ni comprendía pudiera ser deseada la visita de un amigo. Y así pasaban días y noches sin ser visitadas de persona alguna; y al oír sonar el llamador sabían que quien llamaba era el notario ó alguno de los que venían á pagar el arrendamiento reunido á fuerza de privaciones y trabajos. Una noche, pues, cuando á nadie esperaban, el sonido de la campana hizo levantar la cabeza y mirarse extrañadas á tía y sobrina. Oyéronse pasos y una voz varonil que decía:

— Sí, conozco bien el camino.

En seguida se abrió la puerta de la habitación, y entró un joven alto, que saludando con franqueza dijo:

— Buenas noches, tía Clementina: pasaba cerca de esta ciudad, y no he querido perder la ocasión de saludarla.

— ¡Ah! es Pablo. De veras que no te esperaba.

— Tampoco yo pensaba visitarla; pero mi inspector mandóme cumplir un encargo por estas inmediaciones y mañana partiré al despuntar el día.

— Muy bien; ¿continúas empleado en el ramo de montes?

— Sí, señora, y siempre en el mismo grado, aunque rabio por ascender.

Durante esta conversación miraba Teresa á su tía, y con asombro veía pintarse en su rostro extraña expresión de altanero desprecio. Ni una sonrisa ni una frase atenta que mostrase gratitud al pariente que se separó del camino sólo para verla. El joven miró á Teresa, y la tía dijo:

— Es una de mis parientas: Teresa Delaroche. El joven saludó y dijo:

— Me alegro, tía, de que haya admitido en su casa á esta joven. Vivía muy aislada, y el vivir solo es triste: hoy al marcharme llevo el consuelo de dejarla tan amablemente acompañada.

— ¡Bendito sea Dios! ¿Qué te importa que yo esté sola ó acompañada?

— Los lazos de familia que con V. me unen.

— ¡Quiá! ¡me haces reír con tus lazos de familia! ¿Crees que soy tan tonta que me figure que una vieja como yo ocupe alguna vez tu imaginación?

— Podría equivocarse pensando de ese modo.

— Dejemos eso. Dame noticias de la cosecha. ¿Se presenta bien?

— Magníficamente: los sembrados están á pedir de boca. Si tiene arrendamientos que renovar, podría aumentar la renta, porque la exportación de trigo, de huevos y de animales da mucho que ganar á los colonos.

— Y ¿quién te ha dicho que tengo arrendamientos que renovar?

— Es una suposición. Ya sabe V. que nunca pensé mezclarme en sus negocios. Sé que á nadie necesita para manejarlos.

— ¿Qué sabes tú? dijo ella con altanería.

A estas palabras sucedió un largo silencio. Teresa padecía, viendo la mala acogida que su tía hacía á aquel pariente. Pablo se levantó y dijo:

— Es la hora en que V. acostumbra cenar, y me despido.

— Buenas noches, Pablo, y buen viaje.

— Había cogido tres cercetas, y se las he dejado en la antesala.

— Llévatelas, Pablo; no como aves acuáticas. Gracias, sin embargo, y á Dios.

— Buenas noches, tía; á Dios, señorita.

Salió más serio que entrara, y la tía dijo:

— Gracias á Dios que nos vemos libres de este hombre. Váyase con sus cercetas y su interés por mí.

— ¿Quién es, tía?

— Uno de mis sobrinos, hijo de un primo segundo. Se llama Pablo Debrande.

— No lo recibió V. muy bien.

— Tengo mis razones para ello.



VII



ALGUNOS días después de esta visita, Teresa habló de ella á la Sra. Mesnil, manifestándole lo que le había sorprendido la conducta de su tía.

—No hay que asombrarse de nada, tratándose de la Sra. Delaroche, dijo la Sra. Mesnil.

—Sin embargo, señora, no puede menos de parecerme extraño que venga este joven á ver á su tía, separándose para ello de su camino; que le traiga un regalo, y que ella lo reciba despidiéndolo, como si le incomodara su visita.

—Es que tu tía no aprecia á los Debrande padre é hijo.

—¿Vive el padre de aquel joven?

—Sí; en otro tiempo fué buen mozo y rico, pero ahora pasa su vida en casa de su hijo con mil trabajos, porque poca es su renta y escaso el sueldo del hijo.

—¿Con qué no son felices? dijo Teresa, á quien estas expresiones recordaron su pobreza cuando estaba en casa de su padre. Se enterneció, y añadió: Los compadezco, porque están solos y pobres.

—Sí (dijo la Sra. Mesnil, que comprendió el pensamiento de Teresa); solos y sin estar unidos por afecto y sentimientos delicados. El padre recuerda con amargura su juventud, sus placeres y su caudal: el hijo se fastidia de su medianía, y aspira á una posición elevada, que no alcanzará jamás.

—Pero ¿no podrá tener algún ascenso?

—Sí, y lo tendrá naturalmente; pero de tarde en tarde y siempre de poca importancia. Cuando llegue á un grado superior, tendrá mucha edad, y será muy tarde para contraer un matrimonio distinguido. Por lo demás, es un buen joven, con talento, con buena educación y buenas maneras; pero todo esto oculto bajo la concha de la pobreza.

—Pero la pobreza no es un mal muy grande, cuando uno no está solo en el mundo.

—Soy de vuestro parecer. No tengo más riqueza que mis seis hijos, y no los cambiaría por todo el oro del mundo. Pero no todos piensan así, y creo que Pablo se juzga muy propio para brillar en el mundo, y le fastidia su modesto cargo.

—Pero vive con su padre, y para mí no es digno de lástima. ¡Oh! si yo viviera con el mío y con mi pobrecita hermana, ¡poco me importara ser pobre! Entonces tenía yo el corazón ardiente, y hoy lo tengo helado.

—¡Pobre niña! ¿Vuestra tía no tiene necesidad de sentir ni de inspirar benevolencia?

—Creo que no. Vive reconcentrada en sí misma, y no comprendo esta vida sino cuando se piensa en Dios, en cuyo caso al salir de ese aislamiento, es para ser caritativa y afectuosa con cuantos sufren y anhelan consuelos.

—En efecto, tenéis razón. Y para con vos, ¿qué conducta observa vuestra tía?

—Fría, muy fría, pero nunca agresiva. Ella manda y yo obedezco; leo el diario, porque las ventas de fincas la preocupan continuamente;



escribo algunas cartas á los arrendadores que no son puntuales; coso; voy á la cocina; le doy el brazo para dar una vuelta por el jardín, donde contamos las frutas, y algunas veces leo también al anochecer.

—Y ¿qué leéis?

—Libros de viajes: mi tía no quiere más que esos.

—Y ¿dónde encontráis esos libros?

—Mi tía los toma de su biblioteca. Sólo contiene esa clase de libros, y algunos escritos en latín.

—¡Ah, sí! eso es parte de la herencia; ¡herencia que gustaría en extremo á Pablo Debrande!

—Se la deseo con todo mi corazón.

—¿Por qué? ¿Os agrada ese joven?

—No le he mirado. Bastante tengo que hacer con mirar á mi tía; pero se la deseo, porque, según entiendo, la apetece.

—Soy de distinta opinión, y puesto que él la envidia, yo deseo que la herencia pase á manos que no sean las suyas.



Teresa no comprendió estas últimas palabras, á pesar de que las aclaraba una mirada de su amiga. ¡Estaba ella tan distante de semejantes cálculos y esperanzas! Ni se imaginaba que algún día pudiera poseer el caudal de su tía, ni lo deseaba. Un poco de cariño hubiera bastado para que estuviera contenta; y lo que le afligía en casa de su tía no era la uniformidad de los días, ni el trabajo, ni los fastidiosos cuidados que por avaricia había que tener con la comida y con todos los artículos del gasto. Afligíala su aislamiento completo, el muro de hielo que se levantaba entre ella y aquella parienta anciana, respetable por los años, interesante por sus achaques, y á quien anhelaba cuidar como si fuera su madre, y consolar como si fuese su amiga; pero la Sra. Delaroche desconocía, ó por lo menos no experimentaba esa necesidad de afecto y ternura. Sin embargo, si hubiera recordado otros tiempos, se hubiera representado á su memoria su juventud, pobre, aislada; la necesidad que sintiera de amar; las muchas lágrimas derramadas, las penas sufridas y las perdidas ilusiones: pero después llegó la hora de la riqueza, pero riqueza capaz de causar envidia y de obligar á adularla á aquellos que en otros tiempos la habían despreciado. Entonces había elevado en su alma desecada y árida un altar al becerro de oro.

Pero todo esto lo había olvidado, y encerrada

en su egoísmo no encontraba una palabra afectuosa para Teresa. Nunca la trataba mal, pero siempre con orgullo y desprecio, creyendo que obraba bien pagándole exactamente su salario, sentándola en su mesa, albergándola y protegiéndola. Con esto creía cumplir como parienta, y además juzgaba que hacía bien no halagando á Teresa, para que perdiera las ilusiones de la juventud, y conociera las luchas y decepciones que el porvenir debía ofrecerle. No se burlaba de la piedad de Teresa, porque no habían llegado hasta ella las doctrinas materialistas, pero todo afecto y ternura, juzgábalo necio y despreciable.

—Parece te gustan mucho las hijas del notario, dijo un día á su sobrina.

—Sí, señora; ¡son tan amables!

—Tú las complaces, jugando con ellas y fatigándote cantando cuanto te piden; pero ¿crees que te quieren?

—Me parece que sí.

—Enhorabuena: ellas se aprovechan de tu complacencia y te explotan á su manera. Los niños calculan y ven de qué modo pueden conseguir sus deseos: sus caricias son interesadas. El otro día el pequeñito Marcelo se agarraba á tu vestido, y no pudo separarse hasta que obtuvo lo que quería. Le hiciste una pelota, y pusiste en su aro los cascabeles que colgaban del cuello del gato. Entonces te dejó y fuese á jugar, sin acordarse de ti; y cuando lo llamaste, te dijo con desenfado: «Déjame, que me divierto.»

—Es un niño, replicó Teresa; y entonces sólo pensaba en sus juegos.

—Y más tarde pensará en sus negocios y en sus placeres, y jamás se acordará de ti. ¿Crees que sus hermanas, esas niñas para las que vistes tantas muñecas, serán más consecuentes? No; cuando no te necesiten te olvidarán.

—Podría ser (replicó Teresa entristecida), pero dejadme creer que hoy me quieren.

—No lo impido: la experiencia será la que desvanecerá tu error. ¿Y las limosnas? Tú no haces las economías que debieras, y te privas de ellas, pagando á la viuda Marchand el alquiler de su habitación, y comprándole al viejo Tomás calcetas y camisas. ¿Crees que esas dádivas están bien colocadas?

—Sí, señora; ¡son tan pobres los dos!

—Que la viuda sea más laboriosa y el viejo más sobrio, y la pobreza desaparecerá. No se necesita mucho para vivir.

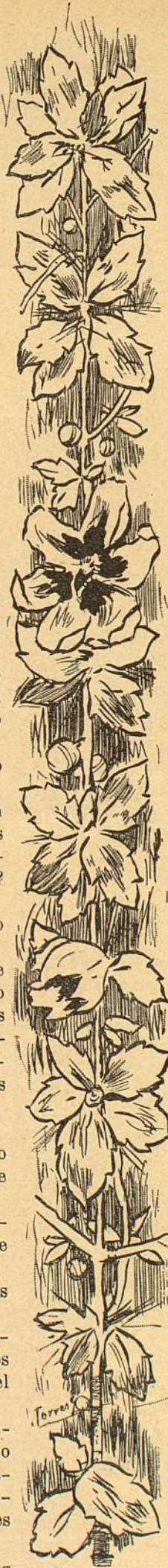
—Tía, cuando se carece de todo y es indispensable reunir céntimo tras céntimo lo que más se necesita, siempre falta algo.

—Ya, ya; eso dicen los pobres. ¿Y tú crees también la gratitud que aparentan?

—Tía, no sé qué decir; pero creo en la promesa de Dios. Lo que hacemos en favor de los pobres, es como si lo hiciéramos en favor del mismo Dios. El nos lo recompensará.

—Enhorabuena. Si nos remontamos á lo místico, á lo invisible, nada tengo que decir, y no quisiera perturbar tus devociones ni tus esperanzas. Acuérdate, sin embargo, de que, mientras vivamos en la tierra, lo que necesitamos es dinero, y la mayor aflicción es no tenerlo.

Estas conversaciones, que eran bastante fre-



cuentas, sumergían á Teresa en una tristeza y una languidez insoportables. Ella no comprendía esta manera de mirar la vida; y cuando su tía había procurado demostrarle que nuestro fin en el mundo es reunir dinero; que no debemos fiarnos de nadie; que el amor es locura, la confianza necedad, y el egoísmo la verdadera sabiduría; cuando Teresa oía á la anciana asegurar con toda convicción dichas máximas, no podía menos de preguntarse si era verdad lo que la experiencia hacía decir á su parienta: pero al momento oía una voz en su interior que protestaba contra semejantes proposiciones. Pensaba inmediatamente en Dios, leía una página del Evangelio, miraba los retratos de sus padres, y olvidando mundanas miserias, viles ambiciones, su espíritu feliz elevábase hasta el cielo y comprendía mejor que nunca, que amor y sacrificio son el enigma que encierra la vida, y el secreto de la recompensa inmortal.

VIII



LA Sra. Delaroche salía muy poco de casa. Su jardín era suficiente para el escaso ejercicio cotidiano, y una Misa rezada el domingo bastaba á satisfacer sus religiosos sentimientos. Forzoso le era á veces emprender algún viaje y visitar sus propiedades, pues no consentía que fuesen reparadas ó modificadas, sin antes haberlas personalmente visitado. En estos viajes la acompañaba el procurador Mesnil, y Teresa quedaba cuidando de la casa.

Una vez debió examinar la granja que tenía arrendada el tío Gaspar, y Teresa, con permiso de su tía, convidó á comer á la hija mayor del notario. Charlando alegremente, corriendo el jardín, saboreando los ricos frutos de los árboles, mirando estampas, libros y dibujos pasaban alegremente el tiempo, cuando vino la criada á decir á Teresa que en la sala le esperaba un caballero que deseaba hablarle.

Teresa pidió á su amiga que la acompañara, y dirigiéndose al salón preguntó á la sirvienta si conocía al recién llegado; á lo cual contestó que si no recordaba mal era el que hacía algún tiempo visitó la señora obsequiándola con cercetas.

En efecto, Pablo Debrande era el que esperaba, y después de saludar á Teresa, le suplicó dijera á su tía que:

—Hoy recorriendo el bosque de San Odemaro, vi al llegar á una propiedad de vuestra tía, un hombre de mala facha que estaba cortando leña, y que no contento con las ramas secas, cortaba las verdes y los árboles delgados. Aprecié el daño en doscientos francos, y auxiliado por mi ayudante detuve al criminal, llevándole á la cárcel, donde se halla. Esto es lo que venía á decir á mi tía.

—Se lo diré en cuanto venga, y no dudo lo agradecerá.

(Se continuará).

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona. 3 ptas.
Catalina Bonal, viuda de Roure, de Bañolas. 32 »

OBRA NUEVA EL PATRIARCA S. JOSÉ ESPOSO DE MARIA SANTISIMA

según la V. Madre sor María de Jesús de Agreda, por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores. Adornado con hermosos grabados.

Precio: A 2 ptas. en rústica.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.

Última carta recibida, que atestigua una vez más la gran aceptación y eficacia del

JARABE ALMERA

Sr. D. PEDRO ALMERA.—Nerja (Málaga), 4 de Julio de 1899.

Muy señor mío y respetable compañero: En mi poder su atenta y el cajoncito con los seis botes del precioso *Jarabe Almera*: doy á V. las más expresivas gracias por su envío, que le agradezco en el alma, y en especial mi hija, que bendice á V. por su preparación.

Puede V. hacer público por todo el mundo y respondo con mi vida que el *Jarabe Almera de clorofosfato cálcico gelatinoso, con ácido fosfórico*, es el medicamento verdad que cura las afecciones óseas y corrige los defectos articulares en poco tiempo. Mi hija es una prueba que no admite duda, y espero probarlo en otros casos de la localidad tan luego como hayan visto el feliz resultado de mi niña.

No sé con qué pagarle este beneficio, pero pido á Dios le ilumine para la invención de otros preparados que hagan competencia á los extranjeros, y curen todas las dolencias para las que hoy no hay medicamento conocido.

Reciba V. sincera expresión de toda mi familia y en particular de su compañero s. s. q. b. s. m.—*Rafael González Ortega*, médico.

FARMACIA ALMERA, XUGLÁ, 21, BARCELONA

EL JUBILEO

Instrucciones y prácticas para lucrarlo

por el R. P. Fr. Mariano Fernández García, de la Orden de Frailes Menores, doctor en Sagrada Teología.—Contiene cuanto el fiel cristiano necesita saber para aprovechar el Año Santo. Lo adornan numerosos grabados.—Forma un elegante volumen de 300 páginas, y se vende á 1 pta. en rústica, y 1'50 encuadernado en tela. Para los pedidos: *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona, y en casa los señores Corresponsales de la misma.

NUEVA Y HERMOSA ESTAMPA DE

SAN JOSÉ

á 3 pesetas ciento, y 25 el millar

Librería y Tipografía Católica, Pino, núm. 5, Barcelona.

LIBROS Y OPÚSCULOS

PROPIOS PARA EL SANTO TIEMPO DE CUARESMA.

Avisos espirituales á un alma que aspira á la perfección.—Un opúsculo en 16.º mayor, 10 cénts. de peseta el ejemplar, y 10 ptas. el ciento.

El espíritu parroquial, por don Félix Sardá y Salvany, Pbro.—En 8.º, 25 cénts.

La voz de la Cuaresma, por id.—10 cénts.

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, por Mons. Segur.—13 cénts.

Del conocimiento y amor de Jesucristo. Traducido del latín por D. José Pallés, con un prólogo de D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—Un tomo en 16.º, 1'50 ptas. en piel.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.



IMÁGENES.

Instituto Cristiano de Artes Decorativas.

HIJO DE JACINTO CALSINA.

CASA FUNDADA EL AÑO 1872.

Grandes talleres de **Escultura religiosa** sobre madera. **Imágenes** de talla de todas dimensiones y precios de los más económicos á las clases más artísticas.

ALTARES —TEMPLETES.—ORATORIOS.
DE ACTUALIDAD.

ESCULTURAS DE SAN JOSÉ.

TALLERES, EXPOSICIÓN Y VENTA.

120, Paseo de Gracia.—BARCELONA.

Por correo, apartado n.º 189.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Única Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES

ALENTADOS POR LA FAVORABLE ACOGIDA QUE LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES Y LOS DE LA AMÉRICA LATINA han dispensado á la

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

deseando mostrar nuestro agradecimiento y corresponder á la petición de muchos nuevos suscriptores que gustarían completar las notables series de artículos publicados en las «Misiones Católicas», cedemos sólo durante los meses de Febrero y Marzo y á los suscriptores de la citada «Biblioteca» los pocos tomos que del pasado año, donde empiezan las antedichas series de artículos, quedan existentes, al precio de 4 pesetas en Barcelona y 4'75 en provincias, remitiéndolo franco de porte y certificado. Para los no suscriptores el precio es 8 pesetas.

Las colecciones completas de las «Misiones Católicas» (8 tomos conteniendo más de 1,500 grabados) siguen vendiéndose á 55 pesetas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona